

REINO DE CORDELIA

170

Matanza de Atocha, 1977:
Caso Abierto



Primera edición en REINO DE CORDELIA, septiembre de 2022

Edita: Reino de Cordelia

www.reinodecordelia.es

 @reinodecordelia  facebook.com/reinodecordelia

 <https://www.youtube.com/c/ReinodeCordelia01>

Derechos exclusivos de esta edición en lengua española

© Reino de Cordelia, S.L.

C/Agustín de Betancourt, 25 - 5º pta. 24

28003 Madrid



El papel utilizado para la impresión de este libro, fabricado a partir de madera procedente de bosques y plantaciones sostenibles, es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel reciclable

© Alejandro M. Gallo, 2022

Sobrecubierta: © Miguel Navia, 2022

IBIC: FFH | Thema: FHP

ISBN: 978-84-19214-29-6

Depósito legal: M-22770-2022

Diseño y maquetación: Jesús Egido

Corrección de pruebas: María Robledano

Imprime: Técnica Digital Press

Impreso en la Unión Europea

Printed in E. U.

Encuadernación: Felipe Méndez

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Matanza de Atocha, 1977: Caso Abierto

Alejandro M. Gallo



Índice

Nota previa del autor	15
CAPÍTULO 0	
El eterno retorno del 24 de enero de 1977	17
CAPÍTULO 1	
Primeros movimientos	37
CAPÍTULO 2	
Matanza de Atocha, 1977 (I)	53
CAPÍTULO 3	
La estafa de la posmodernidad	73
CAPÍTULO 4	
El Puente del Arco Iris Ardiente	89
CAPÍTULO 5	
Matanza de Atocha, 1977 (II)	107
CAPÍTULO 6	
El escenario del crimen	123
CAPÍTULO 7	
Matanza de Atocha, 1977 (III)	139
CAPÍTULO 8	
El informe policial	147

	CAPÍTULO 9	
Matanza de Atocha, 1977 (IV)		159
	CAPÍTULO 10	
Los mendigos perdidos		173
	CAPÍTULO 11	
Matanza de Atocha, 1977 (V)		181
	CAPÍTULO 12	
El regreso de los <i>homeless</i>		189
	CAPÍTULO 13	
Matanza de Atocha, 1977 (VI)		195
	CAPÍTULO 14	
Viaje al penal de Villabona		225
	CAPÍTULO 15	
Matanza de Atocha, 1977 (VII)		237
	CAPÍTULO 16	
El arma homicida		259
	CAPÍTULO 17	
Matanza de Atocha, 1977 (VIII)		265
	CAPÍTULO 18	
Todo se enreda		277
	CAPÍTULO 19	
Matanza de Atocha, 1977 (IX)		285
	CAPÍTULO 20	
De quilombo en quilombo		297
	CAPÍTULO 21	
Matanza de Atocha, 1977 (X)		307
	CAPÍTULO 22	
La vida loca		319
	CAPÍTULO 23	
Matanza de Atocha, 1977 (XI)		325
	CAPÍTULO 24	
Dejarse la piel		341

	CAPÍTULO 25	
Matanza de Atocha, 1977 (XII)		347
	CAPÍTULO 26	
Las sombras de una sospecha		361
	CAPÍTULO 27	
Matanza de Atocha, 1977 (XIII)		367
	CAPÍTULO 28	
Esperando a Godot		391
	CAPÍTULO 29	
Matanza de Atocha, 1977 (XIV)		401
	CAPÍTULO 30	
Avancen hacia atrás		421
	CAPÍTULO 31	
Matanza de Atocha, 1977 (XV)		427
	CAPÍTULO 32	
El tiempo se eterniza		445
	CAPÍTULO 33	
Matanza de Atocha, 1977 (XVI)		453
	CAPÍTULO 34	
La gigantesca cámara Gesell		469
	CAPÍTULO 35	
Matanza de Atocha, 1977 (XVII)		477
	CAPÍTULO 36	
El tercer hombre		497
	CAPÍTULO 37	
Matanza de Atocha, 1977 (XVIII)		503
	CAPÍTULO 38	
Un final de Poirot		521
	CAPÍTULO 39	
Matanza de Atocha, 1977 (XIX)		531
	CAPÍTULO 40	
Tal vez el final		549



A las víctimas de la matanza de la calle Atocha
nº 55 en 1977.

A los policías que hicieron posible la detención
de los asesinos.

A Joaquín Navarro Fernández, un sindicalista
de raza.

(Coria del Río, Sevilla, 1932 - Puçol, Alicante, 2021)

In memoriam



La historia de los grandes acontecimientos del mundo apenas es más que la historia de sus crímenes.

VOLTAIRE

Nota previa

EXCEPTO EN EL CASO del comisario jefe de la Brigada Regional de Información del Cuerpo General de Policía en 1977, Francisco de Asís Pastor Jiménez, que posteriormente fuera nombrado Jefe Superior de Policía en Madrid durante los primeros años de la democracia en España, de 1978 a 1980, el grupo de policías que investigó la matanza de Atocha en 1977 y detuvo a los asesinos se ha plasmado con nombres ficticios. El proceso de la investigación criminal, salvo por alguna licencia literaria, se ha mantenido tal y como ocurrió en aquellos años. Todos los demás personajes y cuestiones ajenas a la investigación de la matanza de Atocha de 1977 son producto de mi imaginación y cualquier coincidencia con algún hecho o/y personaje real es mera casualidad.

CAPÍTULO 0

El eterno retorno del 24 de enero de 1977

«¿DÓNDE ESTÁ JOAQUÍN NAVARRO? El andaluz. El de las pecas. Esas manitas. Arriba, arriba. ¡Donde yo las vea! No lo repetiré más. Esas manitas... ¿Dónde está Joaquín Navarro?». ».

Así, décadas. ¡*Cagiën* mi manto! Cada vez que se acerca el 24 de enero mi mente regresa a ese día en la calle Atocha número 55, tercer piso, de Madrid, a las 22:30 horas. Es una pesadilla de la que no me libraré jamás.

En fin, he de distraerme con otros asuntos, intentando alejarme de ese pasado. Dirijo una mirada al dossier de la investigación que me enviaron: «El caso del Baby Polla». Desde luego, me gustaría saber quién cojones pone esos nombrecitos a las operaciones policiales. No me apetece leer ni una línea; mi cabeza no anda para indagaciones y circunloquios. Además, la lectura me crearía prejuicios, pues me mostraría la realidad del caso a través de la mirada de los que fracasaron, algo que ha

de ser evitado en cualquier investigación policial. Hay que huir de los prejuicios para llegar a la verdad, decía el ínclito Francis Bacon. Así que mejor me centro en el paisaje, ahora que amanece, o en lo que me espera a partir de ahora.

Veo pasar los campos y los postes de la luz enlazados, no distingo letreros que nos indiquen si su precio ha bajado. Las vacas rumian plácidamente en la planicie ajenas a crisis y guerras. Más agricultores en las llanuras de Castilla con tractores John Deere —que pagarán con una fila de letras de Madrid a Madagascar— en fincas plantadas de trigo, girasoles o cebada. Ahora aparecen en el horizonte extensiones de lúpulo, las pocas del país que alimentan a los fabricantes de cerveza.

Buf, debo de ser el único comisario de policía del mundo que viaja en transporte público. A esto le sumo mi disgusto por las armas de fuego y, en especial, por la munición de plomo, que además de matarte, te contamina.

¡Ay, mamina santa! ¿Acaso me catalogarán como «comisario sostenible»? No, vegano no soy, como pescado, lácteos y carne, pero... ¿será de macrogranja o casera? Hostias, pues no lo sé. Qué complicado es definirme: «Un no vegano, lacto-ovo y carnívoro de granja casera». Este trabalenguas, en el yantar, debe de ser muy parecido a ese otro del género o del sexo o de vaya usted a saber: que si binario o no, que si trinitario o pajillero. En fin, dejemos esto que me levanta dolor de cabeza.

¡*Cagüen* to! En vez de jubilarme o de largarme a un puesto relajado, adecuado a mi edad, donde hamaquearme bajo el sol tocándome los cataplínes a dos manos, tengo que embarcarme supuestamente voluntario en esta nueva aventura: averiguar

quién mató a Baby Polla, al que ni conocí ni me importa un pimiento su identidad. Está claro que no tengo remedio. Nunca lo he tenido.

Después de cinco horas, el tren disminuye la marcha. Debemos de estar llegando. «Xidrón», indica el primer letrero. «Estación de Tam Crespo», leo en el segundo. Mejor recojo la mochila con mis pertenencias y me sitúo a las puertas de vagón, antes de que se levante todo el mundo y se colapse la salida.

No llevo mucho equipaje. No es que vaya ligero, como los hijos de la mar, según decía don Antonio Machado, es que siempre viajo como los cubanos: una muda en el bolsillo y a caminar. Y si se encuentran piedras, pues no son obstáculos, son el sendero mismo.

Estaré un par de días en un hotel hasta que encuentre una vivienda de alquiler amueblada y pueda instalarme cómodamente. Buscaré una con terraza y vistas al Cantábrico. Será un poco más cara, pero permitirá que, pase lo que pase en el trabajo, me relaje al crepúsculo con un *gin-tonic* en la mano contemplando el ocaso, sea nietzscheano o de otro pelaje, con música de Wagner, Beethoven, Mocedades o de la Polla Récord, más el ir y venir de las mareas.

El tren se detiene y las puertas se abren. «9:05» leo en el reloj del andén, hora de salir hacia mi nuevo destino. La estación del ferrocarril no es muy grande, así que por muy torpe que sea yo, no creo que me pierda. Iré hacia cielo abierto y preguntaré. Me dijeron que la comisaría se encontraba muy cerca.

Buf, qué humedad en el aire, se me había olvidado. Esto no me va a venir nada bien para el reuma. Enciendiendo un cigarro

y doy una calada profunda. ¡Ah, qué placer! Demasiadas horas encerrado en el vagón. Bueno, solo me quedan once meses para jubilarme y luego ya veré dónde aterrizo con mi cuerpo serrano. Ahora he de relajarme y no anticipar ansiedades.

A la salida de la estación, veo colchones pegados a la fachada, lo que significa que hay mendigos durmiendo por ahí. Tomo nota. Los mendigos son de gran ayuda en las investigaciones: lo ven todo y nadie se percata de su presencia.

Preguntaré por la comisaría de la ciudad al vigilante jurado de la estación, un tipo con uniforme marrón y aspecto agotado, tal vez por haber pasado toda la noche de pie por los pasillos o por soportar impertinencias de los pasajeros, como la mía.

Aunque sea de mala gana, seguro que me ayuda. Me acerco.

—Por favor, ¿la comisaría de Policía?

Abre mucho los ojos y me mira desconcertado.

—¿Le han robado algo?

—No, no. Es que tengo hora para...

—Ah —me interrumpe—. ¿A qué comisaria quiere ir?

—A una que, según me dijeron, estaría aquí al lado. En el barrio del Natanosequé.

—¿Natapoyo?

—Será, no lo sé. —Y me encojo de hombros—. Me dijeron que era la Central.

—Ah, entonces es la del Natapoyo.

—Será esa, digo yo.

—No tiene pérdida —dice, mientras se gira hacia un puente que se encuentra sobre dos carriles de circulación—. ¿Ve ese puente?

Cuando afirmo, continúa:

—Atraviéselo. —Y dibuja un semicírculo en el aire—. Al otro extremo ya verá la comisaría.

Se lo agradezco, doy otra calada profunda y me encamino hacia el viaducto mirando a derecha e izquierda, contemplado cómo ha cambiado todo desde que hace cuarenta y tantos años salí de aquí rumbo a mi primer destino: Castellón de la Plana.

Desde la mitad del puente, vislumbro un edificio con paredes revestidas de ladrillo rojizo, y la bandera nacional ondeando desde un mástil situado en medio de una explanada, con césped recién segado y dos arbolitos cuya especie no identifico.

Ante la puerta de la comisaría la gente se distribuye entre dos carriles. En el extremo de uno han colocado un letrero escrito a rotulador con letras de molde que dice: «Papitos». Me fijo en la cola: todos son cincuentones con alguna mujer morena, mulata o negra de necesidad, treinta años más joven que ellos, a la que llevan agarrada de la mano como si temieran que se escape. Alguna apoya la cabeza sobre el hombro del sujeto y le pregunta, como suspirando: «¿Qué me vas a regalar hoy, papito?».

El cartel de la segunda fila reza: «Asuntos generales». Sospecho que no hay asunto más general que la resolución de asesinatos nacionales e internacionales. Así que me sitúo en esa fila.

Doy la última calada al segundo cigarro de la mañana y lo tiro al suelo, para aplastarlo con el tacón del zapato.

—Yo que usted no lo haría —dice una voz femenina a mi espalda.

Me giro y contemplo a una señora gruesa con moño y la ropa tan apretada que parece sufrir riesgo de explotar. El torso va tan ceñido que sus tetas se le han subido hasta las amígdalas. Distingo en su mano el resguardo de la cita para la renovación del DNI.

—¿A qué se refiere? —pregunto un poco desconcertado.

—A la colilla...

—¿A qué colilla?

—A la suya.

—¿A la mía? —vuelvo a preguntar más desconcertado aún.

—A la que acaba de tirar usted al suelo —dice, señalando el filtro del cigarro recién aplastado.

—¡Ah! —exclamo, sin entender a qué se refiere.

—Le pueden multar.

—¿Quién?

—La policía.

—¿Estos? —pregunto, señalando el edificio.

—No, lo otros.

Alzo las cejas. Mi gesto de estupefacción no debe de pasar desapercibido para la señora, que se arrima a mí como para hacerme una confidencia.

—Los de la Locaaaaal —me susurra casi al oído—. Multan por todo. Son unos cabroncetes. Nos vigilan hasta con drones.

Se aparta, ladea la cabeza y afirma, como aprobando ella misma lo que acaba de decir. Yo miro al cielo, totalmente limpio.

—Gracias, por el aviso.

Me agacho a recoger el filtro aplastado y lo meto en el bolsillo del pantalón.

—No hay de qué —responde satisfecha, con aire de haber cumplido con su deber cívico, y se ajusta las tetas al cuello.

¡*Cagiën* mi manto! Aquí estoy yo como un gilipollas, con un filtro de cigarro recién aplastado en el bolsillo del pantalón, de pie en una cola que casi no avanza y hurgando el cielo con la vista, por si aparece algún cabroncete montado en un dron.

Estoy por saltarme la fila, pero no quedaría bien en mi día de presentación, y decido que más me vale matar el tiempo contemplando mi figura en el reflejo del cristal de la pared. Sigo igual de gordo y la misma calva que tenía la última vez que me miré a un espejo. Buf, la corbata me asfixia. Mejor me aflojo un poco el nudo y me quito la gabardina, que me estoy cociendo con esta extraña cánicula a principios de año.

¡Qué clima! Primeros de año y el bochorno es la tónica general. «Microclima», lo llaman los graciosos. Y luego llegará el verano y todo el mundo al atardecer se abrigará con la rebequita.

¡Maldita sea mi estampa! La ropa se me pega al cuerpo por el sudor. Barrunto que esta camisa azulada debe desprender algún olorcito después del viaje. Tenía que haber llegado ayer, para que me diera tiempo a ducharme. Espero que quien me reciba esté resfriado.

Ah, parece que me llegó el turno.

—¿Qué desea, señor? —pregunta muy amable el policía joven de la recepción.

—Verá, soy el comisario Gorgonio. Tenía que presentarme hoy ante el jefe de la comisaría y... —digo, al tiempo que trago saliva al ver cómo el agente alza las cejas y me estudia con

una mirada que comienza en los zapatos y culmina en mi pelo escaso, pasando por un par de sobacos chorreados como los de Camacho.

—¿Tiene la acreditación profesional?

—No. Se me olvidó en casa...

No voy a desvelar que la perdí hace años y me abstuve de denunciar el hecho para que no me llamaran retrasado y se riesen de mí un rato largo.

—¿Cómo dijo usted mismamente que se llamaba? —pregunta, al tiempo que saca un bolígrafo y coloca sobre el mostrador un cuaderno en el que han de reflejar las visitas diarias.

«Usted mismamente», ha dicho, eso me ha trasladado de golpe a Vigàta.

—Comisario Gorgonio.

—¿Las dos con ge? —pregunta, puntilloso.

—Sí —afirmo rotundo, y remacho—: Las dos ges con ge.

Me fijo en la acreditación colgada de su cuello: «Oficial: Manolo Catarella». La intriga me corroe y le asalto a bocajarro:

—¿Puedo hacerle una pregunta, si no molesto?

—Claro que sí —responde con una sonrisa Colgate.

—¿Usted no tendrá un familiar en la Polizia di Stato y destinado en Sicilia, concretamente en Vigàta?

—Sí, mi primo Agatino —responde asombrado—. ¿Cómo lo ha sabido usted?

—Recuerde una cosa, oficial —digo, con tono solemne—: No importa cómo, lo importante es que lo he sabido. ¿Entiende, Catarella?

Asiente con suficiencia.

—Claro, por eso es usted comisario —añade.

Este debe de ser de esas promociones de la era Zapatero, que entraron en manadas de cinco mil para cubrir el desbarajuste del otro ínclito, el Aznar.

El primo de Agatino Catarella anota el nombre y se dirige al interior. Marca tres dígitos en un teléfono y espera respuesta. De inmediato comienza a explicar algo a su interlocutor. Conjeturo que será que tiene en la puerta un tipo que dice ser comisario, de nombre Gorgonio, las dos ges con ge, y que afirma que el jefe le está esperando. De repente exclama: «Ahora mismo», y cuelga.

—Puede pasar, comisario. Espere mismamente en ese *hall*, que ahora le vienen a buscar a usted en persona.

No imagino cómo podrían venirme a buscar de un modo que no fuera en persona o cómo podría yo aguardar de un modo que no fuese mismamente, pero se lo agradezco y me dirijo al *hall* que me indica «Sala de espera».

Entro y me encuentro con dos gitanos sin lavar y vestidos de negro... Buf, he de acostumbrarme al lenguaje políticamente correcto, que para eso me obligaron a realizar un curso a tal efecto, que *superé con aprovechamiento*, expresión que sigo sin saber qué carajo significa. Ignoro si se puede añadir a otros verbos: «¿Meó con aprovechamiento?», «¿Fornicó con aprovechamiento?». La verdad es que, desde que terminé ese curso, en vez de claridad en las ideas, todo son dudas con el lenguaje.

Así que mejor, a los gitanos sin lavar y con las ropas guarras los llamo «dos individuos de una etnia marginada por el sistema, hasta tal punto que carecen de agua clara para limpiarse

las legañas y la ropa, todo por culpa del sistema anteriormente mencionado y de lo cual carecen de responsabilidades por el hecho de constituir una minoría a la que hay que proteger». Desde luego, esto de las minorías a las que *hay que proteger*, me suena a nuestros deberes hacia el urogallo o al pollino careto, pero los posmodernos equiparan a las minorías con especies en vías de extinción y ¿quién soy yo para opinar que así las subestiman? En fin, si hasta los supremacistas blancos apelan a que son una minoría racial que se la está marginando y eliminando. Alguien tendría que repasar eso de las minorías porque la cosa no pinta bien.

Un par de asientos más allá, hay una señora mayor, de unos setenta y tantos años, con un gran collar de perlas y los labios muy pintados, que aferra su bolso con ambas manos.

—Buenos días —saludo.

—Buenos días, nos dé Dios —responde ella.

—¡Ay, pa!... El payo nos saluda —informa el joven de la etnia marginal al mayor.

Permanezco de pie. No me apetece sentarme en el hueco libre en medio de los dos. De repente entra un policía con mostacho muy poblado y una verruga en la nariz, y pregunta:

—¿Quién viene por la denuncia de la cartera?

—Yo, agente.

Era la señora.

—¡Acompáñeme!

Quedo a solas con los dos integrantes de la minoría racial, que han sacado de un bolsillo papel de liar, todo indica que están por prepararse un porro modelo cucurucho. Estos dos

cabroncetes y su chocolate han provocado que regrese mi mono. Buf, qué ganas de encender un pitillo.

—Pero ¿dónde ha metido al comisario? —Oigo una voz de mujer en el pasillo.

—Inspectora, yo le dije que esperase mismamente en el *hall*... —contesta, sofocado, el agente de recepción.

—En el *hall* no hay nadie, oficial.

Me acerco a la puerta y asomo la cabeza. El oficial Catarella me ve y suspira aliviado.

—Inspectora, aquí mismamente está en persona el comisario Gorgonio, las dos ges con ge.

Una muchacha uniformada, que aparenta los cuarenta, con mofletes colorados, pelo rojizo y rizado, se gira hacia mí, abre mucho los ojos y se dirige veloz a mi encuentro. Al acercarse noto sus pestañas recién acariciadas por el rímel y los tres dibujitos de su divisa en la hombrera.

—¿Comisario Gorgonio?

—El mismo.

—Soy la inspectora Rosa María del Olmo. —Y me tiende la mano—. Pero todos me llaman Rosa.

Se detiene, frunce la nariz, olfateando.

—Comisario, ¿huele a hierba?

—¿Quién, yo?

—No, me refiero al ambiente.

Le hago un gesto rápido con el mentón, para que se fije en el interior de la sala. Asoma la cabeza y grita:

—Agente, cachee a los Montoya. Me parece que van cargados.

—¡Qué *bufaire* el payo! —Se oye desde el interior de la sala.

La inspectora me hace un gesto para que la siga y me conduce a un *hall* con un tresillo, un televisor y una mesita con revistas. Sentados en los sofás, dos tipos jóvenes, uno con barba y grabadora y otro, con una cámara fotográfica al cuello. Exhiben una etiqueta abrochada a las solapas con una pinza: «Prensa». Sospecho que aquí era donde debía entrar y no en la sala de espera del público.

—Venga conmigo, comisario —dice la inspectora.

En cuanto me acerco a ella, los periodistas me clavan sus ojos y murmuran algo entre ellos.

—Le voy a enseñar su despacho —me informa la inspectora.

Atravesamos el *hall* hacia una escalera de peldaños no muy pronunciados. Ella sube con agilidad, pero yo me aferro a la barandilla. Es obvio que el tabaco ha hecho estragos en mis pulmones. Se nos cruzan dos policías jóvenes, que bajan deprisa.

Al llegar a la primera planta, la inspectora me guía hacia una puerta, la abre y entra en el despacho, para dirigirse a la ventana e izar las persianas.

—Pase, pase, comisario.

Mi despacho no tiene nada especial, es amplio y cuenta con otra sala para reuniones de trabajo (el *briefing*, como dicen los pijos posmodernos). Hay otra puerta, que, sospecho, dará a un baño. Por todo mobiliario, un armario empotrado, un escritorio, sobre el que reposa un ordenador, y un cuadro de Felipe VI. Contra la pared hay dos mástiles, sobre los que cuelgan sendas banderas, la nacional y la europea.

Me asomo a la ventana. Se ve un gran jardín con hierba muy cuidada y recién cortada, que huele a húmeda.

—El comisario jefe se encuentra en Madrid de permiso —continúa la inspectora—, ya que lo van a ascender y posiblemente lo cambien de destino, por lo que le recibirá su sustituto, el comisario Eladio, jefe accidental...

En ese momento, atraviesa la puerta un tipo sin uniforme. No he oído sus pasos, pero no me extraña, aunque es patizambo, camina como si flotase en el aire. No aparta la vista del suelo, lleva gafas de pasta negra en su cara redonda y tiene pinta de retrasado. Perdón, otra vez he de controlar mi lenguaje; se trata de un sujeto con capacidad y cantidad neuronal aparentemente reducidas.

—Bienvenido, comisario —me saluda el disminuido.

—Ahora, no, Caños —dice la inspectora—. Ya te recibirá el comisario más adelante. Acaba de llegar y aún no conoce ni las instalaciones.

—Entonces, lo dejamos para mañana —aventura el retrasado.

Ella asiente, segundos antes de que el sujeto se aleje por el pasillo sin hacer ruido y como levitando.

Su cara me suena y no sé de qué.

—¿Quién es? —quiero saber.

—Es un sindicalista del SOPA.

—¿SOPA? —pregunto desconcertado.

—Sindicato Orgánico de la Policía...

—Ah —exclamo, con la mandíbula colgando—. ¿Para qué quiere verme?

—Está liberado. Muchas horas libres y se aburre. Cuando viene alguien nuevo se lanza a su captura.

—¿No se dedica a solucionar los problemas de sus compañeros?

—Este no.

—Pues vaya plan.

—Además —me dice, acercándose al oído—, este era el compañero del asesinado.

—¿Hablamos de Baby Polla?

Asiente.

—Cuando lo vi, tuve la sensación de conocerle de algo.

—Igual le resultaba familiar porque ha actuado de secundario en alguna serie de televisión. La más conocida fue *El ton-tu'l pueblu*.

Tal vez sea eso, pero sigo sin ubicarlo. Dejo mi mochila en el interior del armario y entorno la puerta.

—¿Sabe, comisario? —dice la inspectora, mientras abre mucho los ojos y le añade una sonrisa—. En la Academia estudiamos muchos de sus casos con auténtica devoción.

—Espero que le sirvieran...

—Sí, mucho. Nos los enseñaban para que aprendiéramos a deducir y a inferir. Los tenían clasificados bajo el epígrafe de casos en «habitación cerrada».

—Curioso, ¿y en qué «habitación cerrada» se sintió usted más a gusto?

—Creo que en *El asesino del Georges Pompidou*¹...

—Un buen caso, sí —digo, y miro de reojo el reloj.

¹ Gallo, Alejandro M., «El asesino del Georges Pompidou», incluido en la antología *Malas calles* (Reino de Cordelia, Madrid, 2022).

La inspectora Rosa parece percatarse de mi gesto y cambia de conversación.

—Si le apetece, ¿le presento ahora a don Eladio, el jefe accidental?

—Cuanto antes mejor —digo, con intención de terminar pronto con el trámite de ver caras nuevas que no me interesan para nada.

La sigo por el pasillo hasta el final, hasta una puerta de color caoba cerrada. En la placa dorada de la izquierda se lee «Jefe Acctal», aunque alguien la ha rayado para escribir encima «Jefe por accidente». Rosa golpea la puerta con el nudillo del índice. No hay respuesta.

—Igual ha salido a tomar un café —dice, mientras golpea de nuevo y añade en voz baja—: Hay gente aquí que le llama el Inclusivo.

—¿Y eso? —pregunto intrigado.

—Se dará usted cuenta de inmediato. —Y accionando la manilla de la puerta, la abre un poco.

Se distingue a una muchacha con unos auriculares puestos moviendo la cabeza, al ritmo, supuestamente, de la música de su MP3, mientras se pinta una uña de un color amarillo canario que ofende. Al vernos, se quita rápido los cascos y posa el pincel dentro del frasco del esmalte.

—No os he oído entrar —dice.

Me pregunto si espera que me asombre de eso.

—¿Está el jefe Eladio? —pregunta Rosa.

—Sí, ¿qué querías?

—Vengo con el comisario Gorgonio y quiero presentárselo.

La secretaria salta del asiento y se me acerca sobre unos zapatos de tacones aguja mientras exclama algo como: «Ah, el famoso Gorgonio».

En la mano trae un móvil enganchado a un palo metálico.

—¡Qué ganas tenía de conocerle! Soy Macarena. ¿Le importa hacerse un selfi conmigo?

No me ha dado tiempo a contestar y ya ha disparado el aparato inmortalizándome junto a ella para subirme a alguna red social o, más bien, antisocial.

—Ay, qué ilu... Cuando la Pepa y la Choni sepan que estuve con el comisario Gorgonio, es que se mueren de la envidia... ¿Sabe? En casa, todos hemos leído *La muerte abrió la leyenda*² sobre su primera investigación. Nos entusiasmaron también sus casos en Los Ángeles³... ¡Ay! ¡Nos gustaron tanto!

—Avisa de una vez al jefe Eladio de que estamos aquí... —la interrumpe tajante la inspectora.

—Perdona, perdona, Rosa. Me he dejado llevar... —farfulla, mientras encamina su taconeo hacia el interior del despacho del jefe Eladio.

—¡Esta mujer no cambia! —murmulla la inspectora.

¡Qué fastidio! Espero que aparezca un cadáver cosido a balazos o descosido a navajazos o descompuesto por ácido o de piel coloreada por un veneno exótico en cualquier arrabal de esta ciudad. Lo que sea, con tal de acabar con las presentaciones.

—Pasad, pasad —invita la secretaria, abriendo la puerta y gesticulando.

² Gallo, Alejandro M., *La muerte abrió la leyenda* (Reino de Cordelia, Madrid, 2016) I Premio Internacional Letras del Mediterráneo 2016.

³ Gallo, Alejandro M., «L. A. Discrecional», incluido en la antología *Relatos de la otra orilla* (Ediciones del Serbal, Barcelona, 2016).

Al entrar, la oigo murmurar:

—A ver cómo ha quedado la foto... —Y me guiña un ojo.

El recinto es, en realidad, la antesala de un despacho. La inspectora me conduce hasta otra puerta acristalada y la abre.

—Pase, pase. Yo ya les dejo a solas.

Me arrimo y veo un tipo con uniforme, sentado, de pelo blanco y que se adivina de contextura pequeña.

—Pase, Gorgonio —me dice, poniéndose en pie y tendiéndome la mano.

—Encantado.

En efecto, es un tipo pequeño y enjuto. He de cuidarme de no llamarle «enano», que en la Brigada vertíamos mala leche por todos los costados y se me puede escapar. Según las reglas del lenguaje políticamente correcto es una persona con verticalidad disminuida.

Me invita a sentarme y obedezco.

—La verdad es que todos, todas y todes en esta comisaría estamos muy agradecidos, agradecidas y agradecides por aceptar la petición del comisario general de que nos echase una mano para esclarecer el caso del Baby Polla.

Por mi parte, he comenzado a sospechar la razón del mote, pero solo respondo:

—He venido gustoso. Unos días alejado de la Brigada Internacional contra el Crimen me van a venir muy bien.

—Además, me han dicho que tiene usted familia en Asturias.

—Sí, mi padre, de noventa y cinco años está en un geriátrico de Colombres y mi hijo ha sido trasladado a la prisión de Villabona.

—Ah, ya. Alguno, alguna o algune me comentó lo de su hijo, hija o hije.

—Hijo —aclaro rotundo, y carraspeo—, que no tengo otra cosa.

Si hasta ahora no había yo reparado demasiado en el lenguaje inclusivo, este tipo logrará que lo aborrezca.

—Usted es un caso único en la Policía —prosigue—. A poca gente le autorizan a seguir trabajando más allá de los sesenta y cinco. Se nota que lo valoran mucho en la institución.

—No se crea que es un privilegio, amigo Eladio. Sigo trabajando porque he de pagar facturas.

—¿Hasta qué edad le han autorizado a seguir?

—Todos los años he de solicitar la renovación. Si me lo aceptan, pues continuó un año más.

A continuación, me explica las razones por las que él cogió este destino, algo que ni por casualidad me interesa. También me habla de lo inteligente que es uno, una o une de sus niños o niñas o niños —no debe tener muy claro el sexo del ente en cuestión—, de quien le habían asegurado que sería superdotado, superdotada o superdotade.

¡Ay, mamina santa! Un putito lío de padre señor mío o de madre señora nuestra. Me excuso con que tengo que ordenar todo para comenzar mañana y alego que aún no he visto la vivienda, que el agente inmobiliario me está esperando y...

—Vaya usted —dice, a modo de despedida—. No se olvide que lo más importante en este destino tan tranquilo es llevarse bien con la prensa. Nosotros, nosotras, nosotres mantenemos con los medios de comunicación una relación excelente.

Lo, la o le tranquilizo, asegurándole que, por mi parte, la prensa será atendida en todo lo que solicite siempre que no viole el secreto profesional. Luego me recuerda la reunión diaria de coordinación en su despacho, a las nueve —«*el breafing* mañanero», como lo llama—, por si me apetece asistir. Y concluye con que si necesito algo no dude en pedírselo.

Me despido del disminuido vertical y me dirijo a mi despacho para ordenar las cuatro cosas que traje. Además, he de encender el ordenador para comprobar las claves de acceso y el funcionamiento del wifi.

En el pasillo me cruzo con la inspectora Rosa y los dos tipos de la prensa.

—Comisario, le presento a Ramón Tostar, reportero de *La Voz de Xidró*n —me informa, al tiempo que el hombre me tiende la mano—. El otro es Luis Menes, de *El Mercado*.

Saludo a este último inclinando un poco la cabeza.

Y continúa la inspectora:

—Ya le diría el jefe accidental Eladio que nos gusta mantener buenas relaciones con los medios...

Asiento.

—De ahí que Ramón Tostar quería pedirle algo...

—Si es sobre el caso del Baby Polla —intervengo—, no puedo decir nada porque aún no me he puesto con él.

—No —interrumpe el reportero—. Es que el 24 de enero es el aniversario de la matanza de la calle Atocha y quisiéramos que nos contase cómo fue aquello.

—De aquella carnicería ya está todo dicho y escrito. —Trago saliva y añado—: No creo que yo pueda aportar nada nuevo.

—Está todo escrito si nos referimos a los asesinos, a los muertos, a los heridos, al juicio y a la situación política de aquellos momentos —interviene el reportero esgrimiendo una sonrisa condescendiente.

—¿Entonces?

—Si nos atenemos a cómo se llevó a cabo la investigación policial, no se ha escrito ni una línea.

Me encojo de hombros.

Entonces remata:

—Sobre eso queremos que nos hable.

CAPÍTULO I

Primeros movimientos

¡CAGÜEN MI MANTO! Mil euros de alquiler mensual por una mierda de apartamento. Eso sí, al lado de la playa, pero solo con una cocina americana, una habitación, un baño y un balcón grande, al que el de la inmobiliaria llama «terraza». «Solo las vistas ya valen los mil euros», me suelta nada más abrir el ventanal, señalando el mar Cantábrico con un gesto amplio del brazo, y una ráfaga de viento helado casi me congela las pocas ideas que me quedan debajo de la calva. No sé para qué carajo pedí una terraza a la agencia, si con este frío húmedo de enero en esta tierra igual no abro el ventanal ni una vez durante mi estancia.

«Si quiere lo coge y si no lo deja», me dice el tipejo y añade que tiene una larga lista de espera. ¿Lista de espera? Será mamarracho (o paparracho, agregaría el Inclusivo). Se cree que no me he dado cuenta de que le costó abrir la puerta de entrada debido a la correspondencia acumulada debajo. Hacía meses que nadie de esa «larga lista de espera» había ido a visitar el piso.

En fin, he aceptado porque el Ministerio me facilita un plus en dietas por desplazamiento y porque, al final, con un mes será suficiente para resolver el puñetero caso del Baby Polla o para abandonarlo definitivamente como irresoluble, que será lo más probable, después de la profunda investigación a la que le han sometido los colegas de la comisaría de Xidrón sin resultado.

Tampoco sé si he hecho bien en alejarme este mes de enero de la Brigada Internacional, pero es que desplazarme de nuevo a Luxemburgo a colaborar con la Police Grand-Ducale para investigar el asesinato de un agregado cultural español era algo superior a mis fuerzas.

Aún recuerdo mi última vez en ese Estado en miniatura y los sablazos, nada pequeños, que pegaban en sus bares y tiendas, sobre todo en las Galeries Lafayette, si hasta para comprar unos calcetines había que solicitar un préstamo. Buf, ¡qué horror de país! Sí, sí, el transporte colectivo es gratuito, puedes moverte por todo el territorio en tranvía o autobús sin pagar ni un euro. Pero salvo ese detalle gratuito, se paga hasta por mear, cosa que comprobé nada más llegar en TGV desde París a la estación central de ferrocarril, la Gare de Luxembourg, y dirigirme a los baños públicos. Allí me recibió un negro enorme... Perdón, un afroamericano. ¡No, no! Un afro europeo o afro luxemburgués o argelino reconvertido... Buf, qué lío. Si llego a saber lo difícil que es dominar este seudoidioma, no me hubiese apuntado a ese cursillo que ofrecía el Ministerio. Este lenguaje será políticamente correcto, pero jodidamente complicado.

Bueno, fuera como fuese, el sujeto negro me esperaba con un rollo de papel higiénico en la mano derecha y con el brazo

izquierdo apoyado sobre una máquina con una rendija en la que se leía: «70 centimes». No soy muy listo, pero me quedaba muy claro que antes de aliviar la vejiga debía aliviar el bolso. Desesperado, rebusqué en los bolsillos del pantalón toda la calderilla que constituía mi capital. Con temor y cada vez más urgencia, abrí el puño para comprobar el monto. De repente, la mano del negro (del afroeuropeo, quiero decir) se lanzó sobre las monedas y cogió una de euro, la introdujo por la rendija y apretó un botón. Por otra ranura salió una ficha y los 30 céntimos de vuelta. El ne... el empleado de los urinarios de la Gare de Luxembourg me preguntó, con la ficha en la mano izquierda y el rollo de papel higiénico en la otra: «*Pipi ou cabine?*». «¡*Pipi!*», grité desesperado, mientras improvisaba un paso de claqué para no orinarme encima. El tipo sonrió y se apartó para dejarme pasar.

Buf, ¡qué país! Luego están las famosas casamatas del siglo XVII, cuando nuestros paisanos se apoderaron de la ciudad y, con el ánimo de defenderla y de mover las tropas sin que se enterase el enemigo, construyeron esos túneles que atraviesan y comunican las montañas. ¡Qué pesadez! Nada más llegar, tienes que meterte ahí dentro para una visita turística donde te prohíben fumar. Cuando hace unos días nos ordenaron asesorar a la Police Grand-Ducale sobre el asesinato del agregado cultural, me acordé de los urinarios, las casamatas y las ganas de encender un pitillo, y me dispuse a aceptar cualquier otro caso, casa, queso o cosa que me ofrecieran con tal de no regresar.

Mi reloj marca las 8:09 y yo fumo el segundo cigarrillo de la mañana. ¡Ah, qué placer! Este relax me permite repasar un

poco mis actividades de ayer por la tarde: llamé a mi padre al geriátrico de Colombres y también a mi hijo al Centro Penitenciario de Villabona. Al viejo se le notaba con buen ánimo, sobre todo cuando le pregunté cómo se llevaba con las monjas de la residencia. «Coexistencia pacífica», me dijo. «Ellas no se meten conmigo y yo no me meto con Dios». He quedado en ir a visitarle el fin de semana. Lo de mi hijo es diferente, se le oye bajo de moral. No es para menos, le obligan a levantarse de la cama para desayunar. Eso, según él, deprime a cualquiera y puede considerarse como malos tratos.

Por lo que me dijo el jefe accidental Eladio, el *briefing* de la mañana es a las nueve, así que voy bien de tiempo. Allí veo de nuevo los colchones de los sintecho al lado de la estación. Mejor me acerco a presentarme. Estos sujetos siempre saben más de lo que creemos y a lo mejor los necesito en un futuro próximo.

Tres colchones. Tres historias. Tres individuos arropados bajo mantas deshilvanadas, a los que solo se les distingue el gorro de lana sobre la cabeza.

—Buenos días —saludo, con voz firme.

Uno de ellos retira la manta de su cara.

—¿Qué se te ha perdido? —me dice, mirándome fijo.

—Estoy buscando a mis soldados —digo, dando comienzo a mi gran opereta.

¡Qué gracia! Toda la vida llamándoles vagabundos o mendigos y ahora resulta que eso puede ser ofensivo, por lo que se ha pasado a denominarlos *homeless person*, como dicen los pijos, o *sans domicile fixe*, como oí en la televisión luxemburguesa, aunque en este caso ya ni se molestan en pronunciarlo al com-

pleto y se limitan a sus iniciales, *sdf.*, que suena a escupitajo o a estornudo o, más bien, a sonarse los mocos de forma rápida. Es algo así como *es-dé-ef*, que pronunciado deprisa queda en *esdif*. Y esto, dicen, no es ofensivo para ellos. ¡Ay, mamina santa! ¡Qué puto dolor!

¡Buf, qué asco! Un mendigo es un mendigo, no es un *sdf*. Lo de siempre: les cambian el nombre para no ofenderlos, pero no les solucionan los problemas. A veces tengo dudas de si no será más despectivo y humillante llamarles *sdf* que vagabundo, mendigo, indigente o nómada.

¡Qué mundo más extraño! El personal se dedica a dar guerra con el lenguaje, lo modifican, lo desbaratan, descartan palabras y ponen de moda otras... y así calman su mala conciencia por no dedicar ni un segundo a cambiar la injusta realidad, ya que ni quieren hacerlo ni saben cómo. El colmo es aquello de «personal» o, como dicen los más vanguardistas, «personas», para hablar de los trabajadores u obreros. Hala, desaparecidas la explotación y la plusvalía gracias al abracadabra de los nombres. Eso sí, le añaden un apellido: personal directivo, personal administrativo, personal taxista o personal constructor... O personas directivas, personas cava-zanjas, personas tuerce-tubos... Buf, y lo más cojonudo es que hay gente que ha hecho negocio con eso y se dedican profesionalmente a sustituir unas palabras por otras. Sin embargo, la puta realidad sigue donde estaba, inmóvil e igual a sí misma.

En fin, el caso es que, cuando otro de los *sdf* me oye decir eso de que estaba «buscando a mis soldados», levanta la cabeza y me mira detenidamente, para murmurar:

—¡Vete a la mierda, *tarao!*

—Fui comandante de la Legión —expongo, calmo, mi nuevo papelón en este circo—. En el tercio Gran Capitán, para ser exactos.

Como esperaba, al menos uno, el tercero, aparta la manta andrajosa y se pone en pie. Es un individuo enjuto, demasiado enjuto, de edad indeterminada. Su cuerpo tiembla, no sé si por el frío o por el mono. Lleva un tatuaje carcelario en el dorso de la mano derecha. Barrunto que en el pecho tendrá tatuado el Cristo de la Muerte. Saco un cigarro de la cajetilla y se lo ofrezco. Lo recoge temblando y se lo lleva a la boca. Le acerco el Zippo para ofrecerle fuego. A continuación, da la primera calada con ansiedad.

El *sdf* aún no ha abierto la boca, pero yo ya sé que alisté a mi primer soldado.

—A sus órdenes, mi comandante —dice, en posición de firme, después de la tercera calada—. Soy el exlegionario Pantiga, del tercio Alejandro Farnesio.

—Legionario Pantiga, no existen los exlegionarios, como no existen los exasesinos ni los expolicías ni los exmarico...

¡Mamina santa!, como no contenga la lengua, termino crucificado.

—En resumen: quien ha sido legionario una vez, lo es para toda la eternidad.

—A la orden, mi comandante.

—¿Qué te ha pasado para estar así, hijo?

—La mala vida, mi comandante. El *jaco*.

—¿Hay más como usted en la ciudad?

—Sí. Hay otro *lejía* del Duque de Alba.

—¿También víctima del *jaco*?

—Y de la *priva*.

Saco de la cartera un billete de 20 euros y se lo entrego. Lo recoge con cierta desconfianza.

—Legionario, ¿puede localizar al otro *novio de la muerte* y nos vemos los tres, mañana, aquí mismo?

—Querrá saber la razón.

—Dígale que aún le queda una misión para con su patria.

Enciendo un pitillo y me preparo para caminar hacia la comisaría. El legionario guarda el billete en el bolsillo de su camisa y responde, a modo de despedida:

—A la orden, mi comandante.

Me alejo despacio. La comedia ha comenzado y debe seguir sin mi presencia.

Después de dos cigarros sobre el puente que enlaza la estación del ferrocarril con la comisaría, llego a la barrera de entrada. En esta ocasión ya no hay dos filas. La de los «papitos» ha desaparecido.

El policía de la puerta es el mismo de ayer. Me reconoce y me franquea el paso.

—Buenos días, comisario Gorgonio.

—Recuerde, Catarella: las dos ges con ge —le digo, a modo de saludo.

El policía sonrío y se cuadra marcialmente.

—Perdone, comisario. ¿No me va a decir cómo supo que yo tenía un primo en la Polizia di Stato?

—Las células, agente —digo, llevándome el índice a la sien—. Siempre las células.

—¡Las células grises! —dice y exclama—: Como Poirot.

—No, las células negras —corrijo—. Es que en mi caso están llenas de nicotina.

¡Hostias! He de consultar si lo de «células negras» es políticamente incorrecto. Igual debo decir «células de color» o «células afroamericanas» o «células afroeuropeas» para evitar que se sientan ofendidas las células. Buf, no vuelvo a asistir a un curso de esos porque me dan vueltas las neuronas.

Me encamino hacia la primera planta. Menos mal que los escalones no son muy altos y puedo subirlos despacio sin hundirme en mis miserias y agarrado a su barandilla.

—Buenos días, jefa del *Smart People and Police Project* —oigo decir al Catarella hispano.

Me giro y veo entrar a una mujer con mucho brío, con gafas gruesas de pasta y cristal de trasero de botella de sidra, peinado de *cocker spaniel* recién salido de la peluquería canina y muy gruesa... Perdón, muy gorda. No, no... Como un caballo percheron... No, no... Elevada de peso o... modelo maxicurvilíneo. Buf, esto de deconstruir el lenguaje acabará destruyéndome. El caso es que la modelo extramaxicurvietcétera coge el ascen... El montacargas, quise decir, que aquí no hay ascensor. Observo la pantallita: sube al tercer piso. ¡Qué extraño! Este edificio solo parece tener dos plantas. ¿Quién será y a dónde irá? Además, ¿qué viene a ser eso de *Smart Police*, un nombre que es un oxímoron como una catedral? Alguien ha garabateado algo alrededor de los botones del montacargas. Me acerco para leer lo que dice: «Vendedores de humo. 3ª Planta».

—Perdone, comisario. ¿Puedo hacerle una pregunta?

Giro la cabeza. Es un policía joven, atlético, con corte de pelo a cepillo, posiblemente de alguna unidad antidisturbios, pues lleva un casco en su mano izquierda y está equipado con chaleco antibalas, cinturón con grilletes, espray de gas pimienta, arma de fuego en cartuchera de fácil extracción, pistola eléctrica marca Taser al lado de la otra, defensa extensible en el lado opuesto y una serie de elementos imposibles de identificar. Es como si solo le faltase una motosierra colgada del cinturón para que nada le coja desprevenido.

Con un gesto de mandíbula, asiento.

—Verá, cuando sea anciano me gustaría ingresar en su Brigada Internacional contra el Crimen. Ahora no, que aun soy joven. ¿Qué requisitos me exigirían?

«Cuando sea anciano», ha dicho el mamarracho. Miro al comemierda este y me dispongo a soltarle alguna grosería, pero una voz femenina me lo impide.

—Comisario, le recuerdo que le esperamos en la sala de juntas para el *breafing* dentro de media hora.

Era la inspectora Rosa, que se alejó por el pasillo avisando lo de la reunión a los jefes de las brigadas.

—Usted siga aporreando a la gente en la calle —le digo al policía jovencito que me ha abordado—. Cada porrazo es un punto en el baremo para el concurso de traslados que dilucidará y evaluará la jefa del *Smart People and Police Project*. Con mil hostias..., perdón, puntos, ya tiene usted opciones.

—¿No se me exigirá ni criminología ni dactilología ni balística ni fenomenología de la criminalidad ni medallas al mérito o al valor o a la profesionalidad?

—¡No, no, por favor! Eso era antes. Ahora con que se con-
venza usted de que un nombre es ofensivo y lo cambie por otro
o mueva usted el florero de lugar ya consigue puntos. Puede
modificar lo que se le antoje, menos la realidad de mierda.

Le dejo con la mandíbula colgando y me encamino a mi
despacho.

Ah, mira qué bien. Me han dejado la prensa local encima
de mi escritorio, al lado del dossier del caso del Baby Polla, que
cada vez me da más pánico ojear. Como la reunión está por
comenzar, leo por encima los titulares y las entradillas. «Pro-
híben en Canadá a Astérix y Obélix por atentar contra la correc-
ción política», dice la cabecera. «Denuncian al conductor del
London North Eastern Railway» (al parecer, el hombre había
terminado su saludo con un *ladies and gentlemen* y el denun-
ciante, al no ser binario, no se sintió representado). «“Hay que
poner fin a tanta tontería”, ha dicho el diputado Mark Jenkinson
comentando el hecho», leo más abajo. Paso la página: «Los
Rolling Stones apartan de su repertorio la canción *Brown Sugar*,
por sus frases que ofenden las buenas costumbres y ...».

Dejo ese periódico y abro otro que tiene más páginas. «El
Consejo Escolar Católico Providence, en Ontario, ha quemado
5.000 libros [...]. “Purificación mediante el fuego”, lo han lla-
mado». Ontario... Ontario... Me parece que la capital es Toronto
y debe de estar en el mismo paralelo que... ¿Salem? Eso es:
Salem. ¡Ay, mamina santa!, regresamos a la Edad Media a velo-
cidad de vértigo y sin frenos. «Los talibanes entran en Kabul»,
reza el faldón de una página par. En fin, aquí han entrado hace
tiempo a meterse con el lenguaje.

Está claro, somos una generación cada vez más infantil e idiotizada. Estamos condenados a la extinción y tal vez la merezcamos.

Cierro el periódico antes de vomitar y me voy a la reunión.

—Pase, pase, Gorgonio —me invita el jefe accidental Eladio al verme asomar media cara por el hueco de la puerta entreabierta—. Le voy a presentar a los jefos, jefas y jefes de brigada que nos acompañan...

A medida que los, las, les nombra me lanzan la mano, que estrecho como si me importara. Sospecho que estarán presentes los habituales, el de Seguridad Ciudadana, el de la Judicial, el de Extranjería, el de Información, el de Estupefacientes... Imposible quedarme con sus facciones. Da igual. Con el paso de los días me iré familiarizando o, más probablemente, olvidándome de ellos.

Nos sentamos y comienza el ritual. Cada uno va exponiendo las novedades en su Brigada. No presto atención. Mi mente navega por los puñeteros mil euros que me ha cobrado el de la agencia por el arrendamiento del piso, más otros mil de fianza y otros mil para el casero. Buf, tres mil euros solo para contar con un techo. No me extraña que algunos vivan debajo de un puente. Estoy por hacerme *sdf*. Si esto sigue así, seremos como los venecianos, que se mudan a otros sitios porque sus nóminas no alcanzan para pagar el alquiler en la ciudad donde han nacido...

—Eso es todo, señores, señoras y señores —dice el jefe accidental Eladio y me rescata de mi ensimismamiento—. A lo largo de la mañana seguiremos en contacto.

Nos ponemos en pie. Es el momento de un café y un pitillo.

La inspectora Rosa se me acerca y me dice:

—Recuerde, comisario, que dentro de veinte minutos ha de hablarles a los de la prensa sobre la matanza de los abogados laboristas en la calle Atocha.

—¿Podré tomarme un cafetito, no?

Asiente y sonrío.

—Tiene usted un rato, no se preocupe. Luego nos reuniremos en el salón de actos, para estar más cómodos.

Enciendo un cigarrillo y sigo al jefe accidental y a los jefes de Brigada, que, por lo que oigo, van a tomar algo.

Efectivamente, cruzan la calle y entran en la cafetería. Enormes viñetas decoran las paredes del local. En ellas, un chico rubio con boina toca una gaita o aparece montado dentro de una gran madreña con unas hélices de helicóptero adosadas. Tiene un aire al Tintín belga, pero con motivos locales.

En un lugar destacado, se ve al chico en la portada de lo que parece un tebeo. De título: «Las aventuras de Pinín». Los muros están cubiertos de tiras del mismo personaje y entre todas hay una foto del busto del autor, un tal López de Vivigo, que al parecer se halla emplazado en Oviedo. Próximas a ella, hay dos imágenes de maquetas de la madreña con hélices. Me acerco a leer las referencias, escritas debajo, una de las maquetas pertenece al aeropuerto de Asturias y la otra, a un parque de La Felguera.

Me detengo en una tira de tres viñetas. En la primera, Pinín invita a un nativo de una tribu africana a dar una vuelta al mundo en su *madreñogiro*. En la segunda, un golpe de viento vuelca el

aparato y el nativo cae del cielo. En la tercera se ve al *afro* estampado contra el suelo y a Pinín que se aleja con su aparato volante. Me parece a mí que, a este Pinín, como lo pillen los del Consejo Escolar Católico de Ontario lo envían al fuego purificador junto con Astérix y Obélix. Ay, cuánto puritanismo religioso hay encerrado en lo denominado políticamente correcto, en este higienismo moral.

—Usted, comisario, ¿cómo quiere el café? —me pregunta el jefe accidental.

—Solo, doble, por favor.

Buf, he de estar despejado para enfrentarme a la prensa y contarles lo de los abogados laboristas en 1977. Me froto las sienes. En fin, el pasado siempre vuelve, nunca se mata del todo.

Los jefes de Brigada comienzan a interrogarme sobre cómo llevo la investigación del caso del Baby Polla. No les puedo decir que ni me he molestado en leer una sola página. Cada día me aburre más esto de leer sobre cadáveres, así que me limito a mentir.

Al cabo de un cuarto de hora estamos de regreso y cada mando policial se pone con el trabajo que tiene su Brigada. A mí me recoge la inspectora Rosa y me lleva casi de la mano hasta el salón de actos, lleno hasta la última baldosa de periodistas y técnicos de medios de prensa.

—¡*Cagiien* mi manto! —exclamo—. ¡Vaya expectación! Creí que iba a ser algo más modesto.

—Hemos pensado en aprovechar la oportunidad de su presencia con nosotros para difundir nuestras actividades.

—«Hemos pensado», dice usted —pregunto algo perplejo—. ¿Quiénes son esos «nosotros»?

Se arrima a mí y me susurra casi al oído:

—La superioridad.

Buf, alta filosofía esto de decir «la superioridad ha pensado». Supera con creces a «la nada nadea» de Martín Heidegger o a aquello de «lo que trama la trama», acuñada por un politólogo español.

Entonces, la inspectora se vuelve hacia los más de quince individuos, individuos e individues que pasean por la sala con grabadoras, bloc de notas y cámaras de filmación y de fotos.

—Chicos, chicas. Les presento al comisario Gorgonio. No voy a contar nada de su carrera profesional porque todos conocen sus andanzas en la Brigada Internacional contra el Crimen y las razones por las que se le considera el mejor investigador criminal a nivel mundial...

—Por favor, inspectora —interrumpo la lisonja—. No exagere que me ponga colorado.

Ella se vuelve hacia mí, sonrío y, bajando la voz, dice:

—Lo vamos a escuchar atentos, comisario. Todos queremos aprender algo de usted.

Se sienta en la primera fila, cruza las piernas y la falda del uniforme se le sube hasta la mitad del muslo. Dice que quiere aprender, pero la que enseña es ella... ¡Cagüen mi manto! ¡Así no hay quien se concentre!

Saludo a todos, pero veo movimiento en el fondo de la sala. Acaba de entrar el jefe accidental acompañado de los jefes de Brigada y ahora se sientan. Joder, ¿qué pasa? ¿No tienen tra-

bajo? Buf, qué pereza me da todo esto. Pero debo continuar. ¡Qué remedio! Menos mal que hoy es viernes y tengo el fin de semana para relajarme. Por mucho que me fastidie el papel de orador, cuanto más me retrase en comenzar, más tardaré en acabar.

—Debido a la cercanía del 24 de enero, me han propuesto que les hable a ustedes de la investigación que llevó a la detención de los autores de la matanza de Atocha en 1977. Lo primero que quiero señalar es que el mérito de la detención fue de los treinta y tres miembros de la Brigada Regional de Información en Madrid del Cuerpo General de Policía, verdaderos profesionales que trabajaron día y noche sin apenas descansar durante casi dos meses...

Me detengo para beber de una botella, en la mesa dispuesta a mi lado, en cuya etiqueta se lee: «Agua mineral de la Fuente del Oso». Buf, a saber, cómo ha conseguido un oso convertirse en propietario de una fuente.

—Mi participación en la investigación fue modesta. Llegué a Madrid la víspera de la matanza...

CAPÍTULO 2

Matanza de Atocha, 1977 (I)

LLEGUÉ A MADRID la víspera de la matanza, el 23 de enero de 1977 a las 7 de la mañana, después de una noche en el tren. Me desplazaba desde Castellón de la Plana y había hecho trasbordo en Valencia. Había pasado la travesía sin dormir, con la cara pegada al cristal de la ventana contemplando una luna creciente en un cielo estrellado, que me indicaba que el amanecer sería muy helado y se veía repleto de escarcha. Mi pequeño transistor emitía la señal nocturna de Radio Nacional de España, donde todo era música y programas que interesaban a pocos oyentes. En mi caso, solo me interesaba saber a qué hora jugaba el Real Sporting contra el Valladolid en el Molinón, pues si la tendencia de los meses anteriores se mantenía, era muy probable que pudiéramos ascender a primera división.

Seguía siendo subinspector de segunda clase dentro del Cuerpo General de Policía, un cuerpo policial que ustedes no conocieron porque el 4 de diciembre de 1978, con la entrada

de la democracia en España, fue disuelto en parte y reconvertido en el Cuerpo Superior de Policía. El caso es que por aquel entonces se trataba de una institución policial compuesta por ocho mil policíás distribuidos en dos brigadas: la mitad se dedicaba a la represión política a través de la que se conocía como Brigada Político Social y el resto, a la investigación criminal en la otra brigada, la de Investigación Criminal, a la que yo pertenecía.

En aquellos momentos debía dejar mi destino en Castellón, orden que cumplí de mil amores porque escapaba del acoso de una madre que me perseguía para que me encadenase a su hija casadera, como decía ella. Ese fue uno de mis mayores aciertos en aquella época: poner tierra de por medio con Castellón, pero eso es una historia que no viene al caso. Hubiese preferido otro destino más lejano, tal vez La Coruña, pero Madrid se encontraba a cuatrocientos kilómetros y no era mal lugar para perderme. Cuando bajé del tren, la ciudad entera, con sus calles, sus coches y su gentío, se me antojó una imagen en blanco y negro con ciertos brochazos en rojo, como esos cuadros actuales que reproducen Londres o Praga. En aquellos momentos pensé que la impresión se debía a sus taxis, Seat 1500 negros con una franja de color rojo que los atravesaba a lo largo, pero poco después descubriría que me equivocaba.

Como fuera, ese día me sobraba tiempo para pasear por la ciudad porque hasta las dos de la tarde no me permitían el ingreso a la habitación en la pensión que había contratado por teléfono. Estaban completos y hasta esa hora no se marchaba uno de los huéspedes. El hospedaje se ubicaba cerca de la calle

Atocha, en la plaza del Ángel, muy cerca de la estación del ferrocarril, por lo que dejé mi pequeña maleta en la consigna y me dediqué a pasear por esa ciudad casi desconocida para mí. Me habían dicho que había una calle transversal a la Gran Vía llena de librerías. Me interesaban los libros editados de forma más o menos clandestina, que analizaban los nuevos acontecimientos nacionales y mundiales. Sobre todo, quería entender la incipiente sociedad que se conformaba en España después de la muerte del dictador y la del presidente del gobierno, el almirante Carrero Blanco. Ese material resultaba muy difícil de conseguir en Castellón de la Plana.

Encontrar aquella calle, llamada justamente Libreros, fue sencillo, solo tuve que atravesar el Paseo del Prado hasta la plaza de Cibeles y tomar la calle Banco de España hasta la Gran Vía. Luego la recorrería hasta llegar a la calle que buscaba, llamada así porque, en el pasado, había albergado al gremio de los libreros. Pero antes maté un poco de tiempo en una de esas cafeterías que aún hoy conservan ese aire tardofranquista, con cuadros de un Madrid representado por la Cibeles o la Puerta de Alcalá, sillas tapizadas de escay color marrón y una zona de barra baja donde te servían un café con leche acompañado de porras o churros.

A eso de las diez, después de terminar un café con leche y dos porras, me dispuse a recorrer la calle, pero era domingo y las librerías permanecían cerradas. Sin embargo, disfrutaba ante los escaparates de aquellos sitios místicos: la de Doña Pepita, la primera que abrió en la calle, o la Salamanca y La Felipa. También recuerdo la librería Enrique, hoy reconvertida

en peluquería; La Fortuna, Alcalá, Barber, La Cristiana, la Antigua y Moderna o la Barbazán. Las que creo que aún continúan abiertas resistiendo todos los embates del mundo son La Merced, Madrid y La Casa de la Troya. Perdonen ustedes que las enumere, pero en aquellos años en que estuve destinado en la capital pasaba mucho tiempo en esa calle, sumergido en el trasiego de estudiantes buscando un ejemplar de saldo.

Aquel día me acerqué a un puesto de una organización política semiclandestina, montado sobre la acera, y compré *La revolución permanente*, publicado un año antes. Me habían llamado la atención tanto el título como la vida del autor, cuya biografía ojeé en la solapa. Era un tal León Trotsky, que había organizado la revolución rusa, aunque más tarde, esa misma revolución se lo había tragado enterito.

Iba yo enfrascado en la lectura de las primeras líneas y no me percaté de que había llegado a la calle Estrella. Eran las 12:30. Distinguí una aglomeración grande de gente, principalmente veinteañeros como yo. Llevaban pegatinas colocadas en la pechera de sus anoraks. Abundaban las de Comisiones Obreras, el Partido Comunista de España y una de Amnistía Presos Políticos; también las había de otras organizaciones como la Organización Revolucionaria de Trabajadores, el Partido del Trabajo de España, el Movimiento Comunista y la Liga Comunista Revolucionaria. La concentración se aglomeraba calle abajo y, según me acercaba, veía las fachadas llenas de carteles firmados por unas Gestoras Pro-Amnistía de Madrid convocando a la Plaza Mayor a las doce del mediodía para reclamar Amnistía Total.

Deduje entonces que aquel gentío provenía de esa concentración. Probablemente perseguidos o presionados por la Policía Armada (los grises, como se les llamaba), se habrían desplazado desde la Plaza Mayor a la calle Estrella.

De repente oí disparos. Al fondo, casi tocando el entronque con la calle Silva, un individuo mayor que nosotros efectuaba tiros al aire. La multitud corría, dispersándose. Me palpé el anorak. Nada. No llevaba el arma reglamentaria ni el carnet identificativo; todo había quedado en la consigna de la estación. No podía actuar como policía. Aun así, me acerqué hasta el sujeto que disparaba al cielo. Mientras, un muchacho de pelo rizado y muy tupido, más o menos mi edad, se adelantó desde el grupo y le gritó al del arma:

—Si eres tan valiente, deja la pistola y ven a por mí. Aquí te espero.

Pero antes de que nadie pudiera evitarlo, otro sujeto se abalanzó sobre el que llevaba el arma y se la arrebató. De inmediato, el recién llegado se giró, apuntó hacia el muchacho de la protesta y gritó:

—¡Viva Cristo Rey! —Y disparó dos veces.

El joven retrocedió por el impacto y comenzó a retorcerse. Mientras se tambaleaba, el suelo a sus pies se llenó de sangre. La muchedumbre seguía huyendo. Corrí hacia él, pero se desplomó antes de que llegase. La herida era en el pecho; la sangre lo empapaba todo: el asfalto, la camisa... Me quité el anorak y cubrí con él la herida, presionando con las dos manos.

—¡Socorro! —me oía gritar—. ¡Una ambulancia!

Al cabo de unos minutos interminables, un policía municipal se dirigió a mí.

—Déjalo, hijo. Ha muerto.

Aquel muchacho de pelo espeso, más o menos de mi edad, ya no se movía ni perdía sangre. Su rostro se veía blanco como las lápidas del cementerio. Lo dejé tendido en el asfalto y el policía me ayudó a levantarme. Había llegado una ambulancia y, poco después, un médico certificaba su muerte.

Esa fue la bienvenida que me ofreció el Madrid del 23 de enero de 1977.

Luego, los policías buscaron en los bolsillos del manifestante algún documento o dato que permitiese identificarlo. Solo hallaron una foto de una mujer, un llavero con la imagen de los hermanos Kennedy y 75 pesetas.

Por mi parte, me quedé en blanco, como si una bruma me alejase de lo que me rodeaba. Todo estaba confuso, pero tenía la sensación de que algún detalle que no lograba precisar era aún más absurdo, algo del todo incongruente. De pronto entendí: de los dos tipos que habían empuñado el arma, uno de unos cincuenta años y otro de treinta, ninguno se escondió o emprendió la huida. A la llegada de la policía, permanecían allí, de pie, sin inmutarse, y se entregaron sin resistencia.

Manteníán la calma como si su deber natural consistiese en matar rebeldes o apaciguar las protestas. Me recordaba a los matones del período de entreguerras, contratados por la mafia patronal contra los huelguistas.

Deambulé por las calles sin rumbo, como un zombi, con el anorak y las manos ensangrentadas. Llegué a la plaza de la Cibeles y, por un momento, pensé cruzarla y sumergirme en la fuente... Me detuve justo en el borde.

Entonces me senté en el medio de la plaza. No oía ni veía nada, ni siquiera notaba el frío creciente al quedarme quieto. Al rato, una patrulla de la Policía Municipal me rescató de mi *shock* y del invierno. Me pidieron la documentación. Como no la llevaba, me identifiqué de palabra.

Consultaron entre ellos y por fin decidieron escoltarme de camino a la consigna de la estación de Atocha. A los pocos minutos, tomaron nota de mi nombre, número de documento y de placa.

—Por si los de la Brigada Criminal quieren que preste declaración —me explicó uno de ellos.

Por último, me acompañaron hasta la pensión. Se lo agradecí, ya que era la única forma de que el encargado de recepción no me pusiera pegas. Me registré y subí al cuarto a quitarme la ropa ensangrentada, a ducharme... y a tratar de olvidarlo todo.

Lo último fue imposible. La radio escupía un nombre: Arturo Ruiz García, estudiante, y mi memoria regresó al entronque de las calles Estrella y Silva, que esta vez veía, en mi mente, como si sobrevolara, la escena: me veía a mí mismo sentado en el suelo, con la cabeza del estudiante reposando sobre mis piernas, empapados él y yo de sangre entre mis gritos pidiendo ayuda.

Llené la bañera de agua caliente y me introduje en ella. No sé cuánto tiempo permanecí dentro, sin ganas de moverme. Pero cuando el agua se enfrió y el hambre comenzó a apoderarse de mí, me vestí y salí a la calle. Deambulé hasta la Plaza Mayor; la noche era oscura y fría y nadie andaba por el vecindario, excepto algún coche de policía y grupos de individuos ataviados

con parafernalia militar o de azul mahón con correaes, el viejo uniforme de la Falange, como el que usaban los «camisas viejas», además de cadenas. Pronto sabría que se hacían llamar Guerrilleros de Cristo Rey y que patrullaban la capital en busca de rojos.

Aquella noche me pararon. Uno de ellos me apoyó la punta de un bate de béisbol en el pecho y presionó.

—Canta el *Cara el sol* —me ordenó.

Me limité, con la mano derecha, a apartar un poco el borde del abrigo, lo suficiente para que viera en el cinto la culata de mi Star 9 mm. Al mismo tiempo, con la izquierda extraje del bolsillo mi carnet de subinspector del Cuerpo General de Policía y lo exhibí. Me pidieron disculpas y se retiraron.

Caminé hasta llegar a la Plaza Mayor. En una taberna cualquiera, comí un bocadillo de calamares fritos y me tomé dos cañas de cerveza. Era el único cliente. El camarero, acodado tras la barra con cara de hastío, miraba la televisión. Solo recuerdo las paredes con azulejos blancos y bordes color oro y una televisión encendida que transmitía las noticias en blanco y negro. Supongo que así, con esos mismos colores, se sentía la vida en aquella época.

En relación con la muerte del estudiante Arturo Ruiz García, han sido detenidos dos individuos cuya filiación es...

El autor material de los disparos utilizó una pistola de cañón fijo semiautomática de calibre 7,65 x 17 milímetros, tal y como se aprecia en la imagen. Inicialmente la portaba otro sujeto, de nacionalidad argentina...

En realidad, olvidaban informar del grito de «Viva Cristo Rey» proferido por quien había disparado. Tampoco mencionaban que, en rigor, no habían sido atrapados, pues habían aguardado con calma a los policías para dar testimonio de su supuesta hazaña.

Después, sin nombrar al muerto, el locutor pasó a otra noticia: el fin de una huelga del transporte que al parecer había sido muy violenta y extensa, protagonizada por unos incipientes sindicatos clandestinos.

Trabajadores y empresarios representantes de las firmas más importantes del transporte privado madrileño han llegado a un acuerdo. Los trabajadores han conseguido cinco mil pesetas de subida lineal, así como revisión salarial a los dos meses y al año y medio y un incremento de las dietas. En la mañana de ayer cinco integrantes de un piquete de huelga eran detenidos y multados por el gobernador civil con cien mil pesetas. Se espera el retorno a la normalidad en las próximas horas para que el transporte de mercancías y el de pasajeros de mañana lunes...

Manifestantes asesinados, patrullas fascistas recorriendo las calles, huelgas por doquier, atentados terroristas de diversas organizaciones de extremos políticos opuestos, un gobierno con una hoja de ruta poco clara, ruido de sables en los cuarteles... Así era aquella España, que me mostró de una vez y para siempre por qué había visto a su capital en blanco y negro con tintes rojos, rojo de la sangre que recorría las calles y los calabozos más inmundos.

Esa noche quise orillarlo todo y tumbarme a dormir, pero apenas pegué ojo en la pensión. Incluso me olvidé del Sporting, mi gran obsesión. Una y otra vez volvía a mi cabeza el homicidio del estudiante en la calle Estrella, a lo que se añadía la tensión por mi incorporación al nuevo destino, al día siguiente. Me preguntaba si estaría a la altura de la fama de aquella unidad al mando del comisario Francisco de Asís Pastor, jefe de la Brigada Regional de Información, uno de los pocos policías en activo en posesión de la medalla de oro individual del Cuerpo. Los integrantes de esa Brigada habían sido quienes localizaron y detuvieron a Santiago Carrillo el 22 de diciembre, junto a los máximos dirigentes del PCE de aquella época: Aristizábal, Díaz-Cardiel, Ballesteros, Azcárate, Pilar Bravo, Sánchez Montero y Santiago Álvarez. La detención fue limpia y profesional, sin torturas ni malos tratos, al contrario de lo que habría hecho la Político-Social. De ahí que los policías de la Social lanzasen en los mentideros el bulo de que, en realidad, los dirigentes comunistas se habían dejado detener, abandonando pistas para que llegasen a ellos, con el objetivo de acelerar la legalización del Partido Comunista. Esas falsas noticias se proponían rebajar el buen nombre de los policías al mando del comisario De Asís, sin conseguirlo, pues eran una leyenda entre los policías profesionales y democráticos, a quienes repugnaba el modo de actuar de los policías políticos del régimen.

Al día siguiente, me levanté temprano, me duché y me vestí el traje color gris, una camisa blanca con cuellos almidonados y una corbata azul cielo. Después salí en busca de un café bien cargado antes de incorporarme a la unidad.

Decidí desayunar en la pastelería La Mallorquina de la Puerta del Sol: una taza grande de café con leche y un trozo de tarta de chocolate. No sé por qué, pero aquella mañana el cuerpo me pedía azúcar. Otra vez la televisión captó mi atención:

Hace apenas unos minutos, el presidente del Consejo Supremo de Justicia Militar, el teniente general Emilio Villaescusa ha sido secuestrado por cuatro individuos. El hecho se produjo hace pocos minutos cuando salía de su domicilio en la calle O'Donnell, 49. Dos de los individuos, a punta de pistola, obligaron al señor Villaescusa y al chófer a entrar en el coche oficial junto a ellos y partieron a gran velocidad en dirección a la plaza de la Independencia, seguidos de un 1430 azul en el que viajaban los otros dos secuestradores. El ominoso atentado aún no ha sido reivindicado por ninguna organización terrorista...

No había terminado mi desayuno cuando entraron en la cafetería dos muchachos repartiendo unas octavillas. Pasaban entre las mesas en silencio, dejando una a cada cliente. Cuando me entregaron la mía, leí «Concentración en Puerta del Sol...». La convocaban para las 12 horas, en repulsa por el asesinato del estudiante Arturo Ruiz García... Debajo de la octavilla estaba escrito el eslogan de «¡No a las bandas fascistas!». La recogí, la doblé y la guardé en el bolsillo interior de la americana. Apuré el café y salí en dirección a las dependencias de la Brigada Regional de Información. En ese momento noté en mis huesos el potente frío de enero, por lo que me subí el cuello de la americana y eché aliento sobre mis manos, mientras las frotaba.

En la puerta, un guardia uniformado de gris, con las manos muy grandes y encallecidas y una nariz chata, estiró el cuello para leer la acreditación que le mostraba. Le expliqué que me incorporaba a la Brigada aquel día y me mandó pasar a una sala de espera copresidida por las fotos de Francisco Franco y el rey Juan Carlos I.

—En seguida vendrán a buscarle —anunció antes de retirarse.

Lo bueno de la sala es que me resguardaba del frío de la calle, pensé entonces. No me senté, los nervios o la impaciencia me lo impedían. Me limité a recorrer el espacio de una pared a la opuesta, una y otra vez, como un preso en una celda, convirtiendo aquel habitáculo en una sala de los pasos perdidos.

No habían pasado ni cinco minutos cuando la puerta se abrió y entró un joven, algo mayor que yo.

—¿Es usted el subinspector de segunda Gorgonio Llanea? —preguntó.

Vestía pantalón azul oscuro de tergal y llevaba la raya perfectamente dibujada, zapatos negros, camisa blanca sin americana, corbata negra con nudo grueso y pistola en sobaquera.

Asentí y le mostré mi acreditación.

—Soy Martín —dijo—, subinspector de primera y jefe del Grupo Primero de la Brigada Regional. Ahora lo principal es que conozca al comisario De Asís y que él disponga.

Luego, tras indicarme que le siguiera, me condujo a una sala enorme llena de mesas sobre las que reposaban máquinas de escribir, folios, papel de calco y ceniceros rebosantes de colillas. Les puedo asegurar que las pesadas máquinas de escribir

y los cigarros humeando en ceniceros repletos de colillas no fueron un invento de las películas policiales de Hollywood, sino una realidad en la Brigada de Investigación Criminal más eficiente de nuestro país. El humo y el ruido de las teclas sobre el rodillo de goma impregnan cada recuerdo de aquellos tiempos.

—Contigo ya somos treinta y tres en la unidad —me explicaba Martín mientras nos dirigíamos al despacho del comisario—. Estamos divididos en seis grupos de cinco subinspectores. Luego hay tres inspectores de primera que supervisan y dirigen las investigaciones...

Al llegar a un despacho con el letrero de «Comisario jefe» junto a la entrada, Martín tocó el cristal con los nudillos. Esperó a oír la voz de «Adelante», y abrió despacio la puerta.

—Buenos días, a la orden —saludó Martín al comisario—: Me acompaña el subinspector de segunda Gorgonio Llanea, que se incorpora hoy a la unidad.

Ante mí el comisario jefe De Asís, un profesional que al año siguiente sería nombrado Jefe Superior de Madrid, el primero después de la Constitución, un hombre con un gran perfil profesional y nulo interés político, que no aspiraría en el futuro a la Dirección General. Visto con la retrospectiva que nos dan varias décadas, podría decir que De Asís fue, en la realidad española, lo más parecido a los personajes de ficción del comisario De Luca, que Carlo Lucarelli pergeñó para el fascismo italiano, o el comandante Martin Bora en la Alemania nazi recreada por Ben Pastor. Figuras a las que solo les interesaba la investigación criminal, en la que, consideraban, debía centrarse la función policial genuina. La ejercían con devoción,

independientemente del régimen político y de las consignas imperantes, algo a lo que vivían ajenos. Por eso, se hizo célebre la frase del comisario De Asís cuando fue entrevistado por varios medios con motivo de su jubilación: «No existe el crimen de derechas ni el crimen de izquierdas. Solo existen criminales».

El comisario De Asís se levantó y me tendió la mano. Llevaba una corbata negra, que resaltaba sobre la camisa blanca, un traje azul oscuro; el pelo corto, con raya en el lado derecho y peinaba alguna cana. No me invitó a sentarme: se limitó a darme la bienvenida, a asegurar que contaría con su ayuda para cualquier cuestión profesional y a notificarme que quedaba asignado en el Grupo Primero de la Unidad, cuyo jefe era Martín, encargado de informarme de los pormenores del servicio. Luego, curiosamente, comenzó a lisonjearme.

—En la revista de Ciencias Policiales leí su artículo sobre la Ciencia de la Investigación Criminal. Muy interesante ese paralelismo que estableció usted entre la criminología, con todas sus ramas, y otras ciencias consolidadas porque, como usted defiende, todas buscan llegar a la verdad. Sus citas remitiendo a filósofos de la ciencia como Karl Popper, Tomas Kuhn, Imre Lakatos me parecieron muy pertinentes y su análisis, sumamente enriquecedor...

Martín se volvió hacia mí con una expresión entre el desconcierto y la admiración. Para mí también fue toda una sorpresa que mis humildes textos hubiesen sido leídos por De Asís.

—Para estar tan documentado y haber podido investigar tanto, sospecho que en Castellón aprovechó sus dos años en Archivos...

Ese era un golpe bajo. En medio del halago, el comisario De Asís se las había arreglado para informarme que estaba al corriente de mis malas relaciones con el comisario de Castellón.

—Castellón es una ciudad muy tranquila —me limité a responder—, había poco trabajo.

—Aquí es lo contrario. Vamos de asesinato en asesinato y de atentado en atentado.

Para despedirme, me deseó muchos éxitos en mi carrera y me estrechó la mano de nuevo; así que me di media vuelta y me dirigí hacia la puerta.

—Subinspector Gorgonio, una cosa más.

Primero me había elogiado y ahora me llamaba por mi cargo. Aquello no presagiaba nada bueno. «Ahora viene la estocada», pensé mientras me giraba. El comisario estaba abriendo un cajón de su escritorio.

Con parsimonia, extrajo de él una bolsa de plástico transparente, de las que se emplean para recoger pruebas en los escenarios del crimen. En su interior había un volumen de *La revolución permanente* de León Trotsky: se trataba del ejemplar que había comprado la tarde de la manifestación y del que no me había vuelto a acordar. Lo reconocí enseguida por las manchas de sangre que cubrían la portada. Me lo tendió.

—Debe de tener más cuidado con sus pertenencias —me recomendó, con voz grave.

Después, como para hacerme saber que nada de lo que se movía por Madrid le era ajeno, agregó:

—Debe usted prestar declaración como testigo ante el Grupo Tercero que lleva la investigación de la muerte del estudiante Arturo Ruiz García.

Asentí y recogí la bolsa con el libro.

¡Qué forma, la suya, de darme confianza hasta desarmar mis defensas, para lanzarme lo importante de improviso! Instantes después, seguí a Martín hasta los vestuarios, donde me indicó mi taquilla, en cuyo interior dejé el libro ensangrentado. Luego me condujo hasta las dependencias del Grupo Tercero, para que un subinspector de primera, llamado López, del que destacaba un par de orejas enormes, me tomara declaración. Después, trajo hasta el escritorio un álbum repleto de fotografías de rostros de frente y de ambos perfiles de delincuentes fichados por diferentes delitos y en distintos momentos, antes de pedirme que tratase de identificar a los dos sujetos que habían participado en la muerte del estudiante.

No los encontré; cerró el álbum y sacó otro. En la tercera lámina identifiqué al que había disparado al aire. Se trataba de un tal Jorge Cesarsky, ciudadano argentino afincado en España con antecedentes de tenencia de armas de fuego sin licencia. En la última página aparecía la foto del segundo sujeto, un tal Fernández Gauza, el que había disparado al estudiante. En ese momento, Martín cruzó la mirada con López, que alzó las cejas en silencio. No supe interpretar aquellos gestos entonces, pero meses después, cuando se supo que Gauza había huido a Francia a través del País Vasco y se ignoraba su paradero, sospeché los lazos del sujeto con algunos elementos de las fuerzas del orden que le habrían facilitado la fuga.

Aquel día me enteré de que, después de mi declaración, los agentes del Grupo Tercero acudieron al juez de guardia para que emitiera una orden de entrada y registro de los domicilios de ambos sospechosos.

Al Grupo Primero le tocó hacer la guardia aquellas veinticuatro horas, lo que me obligaba a permanecer en las dependencias con mis nuevos compañeros: Martín, el jefe, de treinta años y a punto de ascender a inspector de segunda; Lucas, de veinticinco; Alonso, de veintiséis, y Norman, de veintiocho. Formaban un grupo de investigadores jóvenes con una ilusión tremenda por llegar a la verdad en cada caso y entregar a la justicia a los culpables, verdaderos policías vocacionales entusiastas de su trabajo.

Antes de la hora del almuerzo llegó la noticia de que la manifestación no autorizada para denunciar la muerte del estudiante Arturo Ruiz había sido disuelta con violencia por los antidisturbios de la Policía Armada. Había bastantes heridos, casi todos con lesiones leves, pero destacaban dos que habían sido ingresados en centros hospitalarios: un muchacho de veintitún años con traumatismo craneal y una chica, a la que habían llevado a la Clínica de la Concepción en estado de coma, también con traumatismo craneal.

Hacia las cuatro de la tarde nos enteramos de que la muchacha había fallecido. Se llamaba María Luz Nájera y era estudiante de Ciencias Políticas en la Universidad Complutense. Aventurábamos que al día siguiente se extenderían las protestas contra las actuaciones policiales y se sumarían las direcciones de las diferentes facultades, con comunicados de los respectivos

rectores. Nos esperaba otro día de tensiones sociales y grandes protestas.

Por si fuera poco, avanzada la tarde, cuando traía los cafés para todo el Grupo, que, como recién llegado, me tocaba convidar, Radio Nacional de España interrumpía su programación para comunicar que los Grupos de Resistencia Antifascista Primero de Octubre, conocidos con el acrónimo de GRAPO, habían reivindicado el secuestro del teniente general Emilio Villaesca efectuado por la mañana. Aquello se unía al secuestro el mes pasado, también reivindicado por ellos, de Oriol y Urquijo, presidente del Consejo de Estado. No había tregua en aquellos tiempos por parte de las organizaciones terroristas, desde el GRAPO hasta ETA, pasando por organizaciones menores como las Fuerzas Armadas Guanches, el Frente Revolucionario Antifascista y Patriota, las de la extrema derecha, como la Alianza Apostólica Antifascista, Antiterrorismo ETA, Grupos Armados Españoles o los Guerrilleros de Cristo Rey. Todos caminaban separados y golpeaban también sin coordinarse, aunque perseguían el mismo objetivo: la inestabilidad y la tensión constante, un principio del fascismo para que el ciudadano común reclamase orden.

La tarde transcurrió sin sobresaltos, continuábamos con las diligencias y las investigaciones pendientes. No olvidemos que éramos la Brigada Regional; solo nos derivaban aquellos asuntos que las Brigadas Locales no habían resuelto. De ahí que, sobre las diez de la noche, empezamos a salir de dos en dos a comer un bocadillo y beber un par de cervezas. Eran las once menos veinte cuando me tocó el turno. Media hora

nos dábamos para tan suculenta cena. En ese momento, comenzaron a sonar las sirenas. Por las ventanas de la taberna distinguí a gente corriendo despavorida de un lado a otro; sin embargo, la programación televisiva no se había interrumpido; a juzgar por sus imágenes, nada alteraba la triste realidad de todos los días. El ulular de las sirenas de ambulancias y coches de la Policía Armada se iba acrecentando, por lo que supimos que se dirigían hacia la calle Atocha, muy cerca de donde nos encontrábamos. El camarero salió a la puerta para enterarse de lo que sucedía.

—Ha debido haber un tiroteo. Dicen que hay muchos heridos —comentó con tono desganado a su regreso, como restando importancia a aquel alboroto.

Sin embargo, aquello no era normal. A los pocos instantes, Martín se presentó en el bar y nos ordenó regresar de inmediato a la Brigada: teníamos que llamar a los demás miembros para reunirnos urgentemente. Dentro de una hora, nos dijo, el comisario De Asís informaría al pleno de la Brigada de lo que ocurría y nos daría las órdenes pertinentes.

Antes de entrar en la sala, ya oíamos los teléfonos que no paraban de sonar. Resultaron ser llamadas de civiles que, alarmados, preguntaban qué estaba sucediendo en Madrid.

Mi compañero y yo comenzamos a convocar por teléfono al resto de agentes. Hablamos con casi todos personalmente y en algún caso dejamos aviso en sus casas. A las 23:40, cuando se personó el comisario, todos, salvo tres, habían llegado.

Minutos después, con puntualidad británica, el comisario se dirigió a la Brigada en pleno:

—Señores —dijo, ante un auditorio expectante—, se ha producido un tiroteo en un despacho de la calle Atocha. Las víctimas pertenecen a un grupo de abogados vinculados al sindicalismo naciente, concretamente, a las Comisiones Obreras. Si nuestra información es correcta, en estos momentos el resultado es de tres muertos y seis heridos de suma gravedad, todos por impactos de bala. La situación es tan grave que me ha llamado directamente el ministro y me ha ordenado que nos encarguemos de la investigación de forma inmediata. Quiere el caso resuelto cuanto antes.

CAPÍTULO 3

La estafa de la posmodernidad

HE MADRUGADO, pese a ser sábado y no tener que acudir a la comisaría a seguir narrando lo de la matanza de Atocha, ya que quiero aprovechar el día. He dormido bien gracias a los *gintonic*s, que resultan extraordinarios como somníferos y más saludables que estos. Ni siquiera el ruido del oleaje me ha despertado. Me he duchado y he salido a la calle con energías renovadas. Un café bien cargado en la cafetería de abajo del inmueble y un paseo por la playa. Media hora. Suficiente, que hace frío. A paso marcha son dos kilómetros que me vienen muy bien para bajar el colesterol, me dice el galeno.

¡*Cagiën* mi manto! La playa está llena de perros sueltos, atados o incluso ni lo uno ni lo otro, como los dos pequineses que lleva una señora dentro de un coche de bebé de la marca Jané, modelo Bebecar, que parece sacado de la *Belle Époque*, con moños y todo. Ahora, a mi lado, pasa una chica con un cerdo vietnamita atado de un cordel. Le sigue un chaval con

un lagarto, que de vez en cuando saca la lengua y atrapa un bicho (el lagarto, no el chaval). Uy, uy, mejor abandono este paseo matinal, antes de que aparezca alguien paseando un pingüino.

Me adentro en la ciudad en busca del «mítico Café Don Durra», como lo llamó el oficial Manolo Catarella. He quedado en verle allí, pues vive al lado, según me dijo. Al enterarse de que iba a acercarme hasta Colombres a visitar a mi padre, se ha ofrecido a llevarme si le invitaba a comer en La Barata. Espero que el nombre no resulte un eufemismo y la cuenta no ascienda a un mes de alquiler. Y hablando de nombres, el que se gasta el geriátrico donde se encuentra mi padre se lleva todos los premios: El Puente del Arco Iris Ardiente. Le podían haber llamado directamente Bifröst, como el mítico puente que unía el mundo de los humanos con Asgard, y trasladar por sus pasillos a Odín, Loki y al Dios del Trueno en sillas de ruedas o tacatás. En fin, lo importante es que, si Catarella me acerca, me ahorra cuatro horas de viaje en un autobús que se detiene en todos los pueblos.

Al llegar al Don Durra, ojeo una estantería con tartas a la entrada del local. La de chocolate me ha hipnotizado. Le hago una seña a un camarero próximo a mí de que quiero un trozo, junto a un café con leche y un zumo natural de naranja. Cuando se me acerca un poco más, consigo sacar la vista de la tarta para clavarla en las uñas del camarero, las lleva pintadas de negro. Buf, entre las mascotas exóticas y esas uñas, ya tengo el día completo.

*I've had the time of my life
No, I never felt this way before
Yes, I swear, it's the truth
And I owe it all to you*

¿Y ese sonido y ritmo a estas horas? Hostias, pero si es *Dirty Dancing*. Ya no me acordaba de ella, hace tantos años.

*Hey, baby, with my body and soul
I want you more than you'll ever know
So we'll just let it go
Don't be afraid to lose control, no
Yes, I know what's on your mind
When you say «Stay with me tonight»
Just remember...*

¡Qué guapo! Me parece que voy a venir a desayunar todos los días aquí. Excepto por un hombre que lee la prensa, el local está vacío a esta hora. El interior me recuerda mucho esos cafés de Buenos Aires. ¡Ay, Baires! Cómo me gustaba pasear por Puerto Madero, por los jardines de Palermo, perderme por Caminito, embriagarme con la historia de la Bombonera y sus alrededores y escuchar los tangos de La Chicana en San Telmo. Ay, y los teatros de Corrientes. A ver si asesinan a algún prócer de nuevo por allí y me hacen regresar con la Brigada Internacional, que me relamo solo de pensar en un loco bien preparado, unas empanadas criollas o un bife de chorizo. Olvídalo ya, Gorgonio, que te pones sentimental.

Ocupo una de las sillas al lado de la ventana, pero en vez de mirar la calle, sigo paseando los ojos por el local. A este café le falta algo para pasar a la historia, y no sé lo que es. Tal vez, la estatua de alguien famoso del teatro, de la literatura o del folklore local con cierto renombre. Eso es, le falta una estatua como la de Ernest Hemingway en el Floridita de la Habana o la de Gonzalo Torrente Ballester en el Novelty en Salamanca o las de Borges, Gardel y Alfonsina en el Tortoní de Buenos Aires. Y ahora que lo pienso, ¿por qué ellos han pasado a la Historia con sus apellidos y ella con su nombre de pila? No lo sé, pero si se lo preguntara a alguno de los profesores o profesoras del curso de corrección política, seguro que me habría tenido que quedar en el aula hasta hoy escuchando la respuesta. En fin, la edad me está poniendo bobo con tantos recuerdos.

Aquí llega el camarero de las uñas negras con un trozo de la tarta de chocolate, un café con leche y un zumo de naranja. Apoya en la mesa también el plato con el ticket de caja y le lanzo una mirada: «8,50 euros». Dejo un billete de diez y me bebo despacio el zumo por una pajarita de papel... reciclado. Pajita de papel reciclado, ¡qué cosas! Mientras corto la pieza de tarta en trozos, rememoro la conversación con la inspectora Rosa a última hora de la mañana de ayer.

Nos encontrábamos a la puerta de la comisaría y me comentaba lo satisfechos que habían quedado ella y sus conocidos de mi primera charla con los medios.

Luego, como yo no había abierto en ningún momento la boca sobre el dossier del caso del Baby Polla, ella me lanzó la pregunta que todos se hacían en la comisaría:

—¿Qué opinión le merece el caso?

—¿Cómo mataron a Baby Polla? —me evado con otra pregunta.

—Le llenaron la cabeza de perdigones o postas o lo que fuera —aseveró—. No se encontró el arma homicida.

Luego le pregunté por el lugar donde ocurrió:

—Pero... ¿no se ha leído el dossier? —me espetó.

Negué con la cabeza.

Ella frunció los labios con desaprobación. Después de una pausa, me informó:

—En la Casa Sindical, en el piso primero.

Quise saber si había algún testigo del hecho.

—Nadie vio nada ni oyó nada. Ni siquiera los *homeless* que duermen a las puertas del edificio.

Aquel «ni siquiera» confirmó que mi intuición sobre los mendigos de la estación del ferrocarril y los antiguos legionarios había sido correcta.

Tras otra pregunta más, la inspectora se explayó en explicaciones acerca de quién era en realidad Baby Polla.

—Un puto caradura —respondió rotunda, como si a ella le afectase en lo personal—. Era malo como policía, luego fue peor como sindicalista y nefasto como picapleitos. Utilizó el sindicato para medrar. Consiguió, abusando de la buena fe de los policías de la Ejecutiva, un poder notarial para pleitos. Como iba a porcentaje con un despacho de abogados, el sindicato pleiteaba por todo: desde que el calzado entregado se había demorado un par de días en llegar hasta porque se habían tomado decisiones no ajustadas a derecho con cualquier ton-

tería, pasando porque había corriente de aire en la puerta de entrada. Al final daba igual que ganase o perdiese los juicios, él siempre se beneficiaba porque quien pagaba era el tesorero del sindicato.

Saqué mi cajetilla de Camel.

—¿Le importa? —le pregunté.

Negó con la cabeza.

—Le acompaño —dijo, mientras sacaba una de Ducados.

Encendí su pitillo con el Zippo y a continuación el mío. Después de la primera calada retomamos la conversación.

—O sea —dije—, que convirtió el sindicato en su empresa particular.

—Aún hay más. Descapitalizaba el sindicato mientras se llenaba el bolso.

—Buf, eso complica la cuestión, pues tendría muchos enemigos.

—Demasiados —dijo, y dio otra calada, mientras su mirada se perdía por el verde del campo.

Aquella charla con la inspectora mientras fumábamos un pitillo a las puertas de comisaría, me situó en el caso del Baby Polla. Sin embargo, no quise profundizar. Las cosas han de seguir su ritmo, sin forzarlas. O como decía Fred, un profesor de inglés que tuve hace muchos años: «*Slowly, slowly, catchy monkey*».

Miro el reloj de la pared del Don Durra: las agujas marcan las ocho y veinte. Este primo español de Agatino se está retrasando; es imprescindible que vaya a hablar con mis legionarios a las nueve.

Finiquito la tarta de chocolate, que manda a la mierda la ganancia por las pocas calorías dejadas en la caminata, y pido otro café, esta vez solo y bien cargado (café negro, se diría, si no fue tan incorrecto. Quizá convenga más, café de color). Necesito hacer tiempo hasta que llegue Catarella y prepararme para el día, que va a ser largo y agitado.

Mientras me lo traen, ojeo el periódico. «Miembros de la Universidad de Northampton (Reino Unido) han emitido un aviso de contenido previo a la lectura de la novela 1984 de George Orwell por incluir “material explícito” que algunos estudiantes pueden entender como “ofensivo y molesto”. Advirtiéndolo que aborda temas desafiantes relacionados con la violencia, el género, la sexualidad, la clase, la raza, los abusos, el abuso sexual, las ideas políticas y el lenguaje ofensivo».

Hostias, no entiendo nada. Si aborda todo eso es que es una novela cojonuda, pero parece que para ellos es una novela que hiere sensibilidades. «Han señalado otros libros que pueden ser ofensivos y molestos, como *Final de partida* de Samuel Beckett, la novela gráfica *V de Vendetta* de Alan Moore o *Sexing the Cherry* de Jeanette Winterson». ¡Ay, mamina santa! Qué sociedad de imbéciles estamos construyendo, de niños mimados, débiles ante la adversidad, con niveles de frustración tan bajos que van a llorar hasta por llevar desatados los cordones de las deportivas.

Paso la página. «Nadie conoce un cambio social producido como consecuencia de un cambio lingüístico...». Busco el nombre de quien hace esa declaración: Carme Junyent, lingüista. Parece que la cordura va llegando a nuestras vidas con cuentagotas. Menos mal.

El camarero regresa con mi pedido y, tal como antes, me coloca el ticket en un platito: dos euros. Le dejo, además, cincuenta céntimos de propina. Le pido que me envuelva una tarta entera de chocolate para llevarla. Aunque mi padre tiene algo alta el azúcar, no creo que un poco de tarta de vez en cuando le venga tan mal. Además, soy de la opinión de que a ciertas edades es mejor no negarles nada.

—Buenos días, comisario —me saluda el oficial Catarella—. Perdone que me haya retrasado, pero me olvidé justamente de poner el despertador.

—¿De *ponerlo* dónde?

—En la mesita de noche. A las siete y media, quise decir.

—No tiene importancia. Tómese un café.

—Gracias, comisario, pero me hace daño la cafeína. Por las mañanas solo tomo mi batido de proteínas con oligoelementos...

—¿Oligoqué...? —pregunto, e imagino que mis globos oculares están a punto de caérseme de la cara.

—Complementos alimenticios para cuidar mismamente la salud física.

—No me diga más, Catarella. Seguro que tampoco fuma ni bebe y lleva una vida regular.

—Lo ha deducido de mi físico, ¿verdad? —Y saca pecho. Por toda respuesta me llevo el índice a la sien.

—Ah, claro —sigue él—, las células negras.

El camarero ha llegado con el regalo de mi padre. Le pago los 47 euros que cuesta con un billete de 50 y le digo que no me traiga la vuelta. Me tomo de golpe el café bien negro y caliente y me abrigo. La mañana sigue fría.

—El coche lo tengo mismamente en el parking de la estación del ferrocarril —me indica Catarella, y me preparo para otra caminata.

Nada más salir a la calle me encuentro a un barrendero con su escobón, levantando hojas y envoltorios de chicles y golosinas por la zona peatonal. Un cartelito impreso en su chaqueta dice: «Agente de recogida de residuos medioambientales». ¡Ay, mamina santa! ¡Qué poco me duró la alegría! Un buen día se decidió que llamar barrendero a alguien era degradante y ofensivo y le cambiaron el nombre, pero ni cambió su estatus ni su rol y estoy seguro de que tampoco incrementaron su sueldo ni disminuyó su jornada de trabajo. Una estafa: eso es la posmodernidad. Un putito engaño esto del neolenguaje. Es la reedición de cuando los viejos anarquistas llamaban «expropiación» a lo que era un vulgar atraco a mano armada de una sucursal bancaria. Para eso sirve el neolenguaje posmoderno, para adornar la realidad y enmascararla, para que todo siga igual. Es el auténtico cambio gatopardiano.

—Ay, amigo Catarella: *Se vogliamo che tutto rimanga com'è, bisogna che tutto cambi.*

—Tancredi. *El Gatopardo* —sentencia, con aire serio, doctoral.

—¡Bravo, Catarella! No sabía que entendiera el italiano.

—Mi familia paterna por parte de padre es de Sicilia. Me crié con mis abuelos mientras mis padres se dedicaban al negocio de...

Enciendo un pitillo mientras él continúa explayándose acerca de que, de joven, le dieron a leer las obras de Lampedusa,

de la estatua en la calle Roma de Porto Empédocles, del museo en Agrigento...

Nos encaminamos hacia la estación del ferrocarril, apenas un kilómetro y medio de paseo, mientras el hombre no deja de hablar de sus orígenes sicilianos. De mañana, a la fresca, estos paseos son muy saludables para poner el cuerpo en forma, que lo tengo gripado de no mover ni un lápiz. Y también la mente y mi calva, a la que abrillanta mi acompañante con su cháchara.

—Catarella, ¿usted conoció a Baby Polla? —pregunto con la sola intención de desviarlo del relato de su vida.

—Claro, comisario. Era de mí misma promoción.

—¿Qué opinión le merecía?

—Un poco trepa, diría yo. En la Academia se le veía acercarse a darles jabón a los profesores, como si fuera el alumno ejemplar. Su sonrisa y sus modales le abrían puertas.

—¿Y con los compañeros?

—Se aprovechaba de ellos, los manipulaba.

—¿A usted lo manipuló?

—Alguna jugarreta me hizo.

—¿Cómo cuál, si se puede saber?

—Los dos estudiábamos Derecho. Lo hacíamos poco a poco, pues no había mucho tiempo libre.

—Ese «poco a poco», ¿qué significa?

—Dos o tres asignaturas por curso...

—Luego tardarían diez años en terminar la carrera.

—Once.

Detengo el paso y enciendo otro cigarro. Con un gesto de mentón le indico que continúe.

—La jugarreta que me hizo fue en Derecho Penal. Había que presentar al profesor un trabajo práctico, que sustituía al examen final. Él no lo hizo. Se limitó a fotocopiar el mío, a adelantármelo y presentarlo como suyo. Cuando yo lo entregué, me acusaron de plagiarlo, pues él lo había inscrito como suyo en el Registro de la Propiedad Intelectual. Me suspendieron y me abrieron un expediente. En ese momento, abandoné la Facultad.

—Ya veo que tenía pocos escrúpulos. Catarella, otra cosa: ¿Baby Polla tenía muchos enemigos?

—Al principio, no. Cautivaba a los compañeros, pero con el paso del tiempo se fueron desengañando. Yo creo que no quedó ni uno al que no le hiciera alguna pifia en su beneficio.

Nos detenemos a comprar un cupón de la ONCE. Compro dos para el día de hoy y le entrego uno a mi acompañante, que me agradece. De repente, delante de nosotros pasa la grúa municipal y se acerca a un vehículo estacionado en una zona reservada.

—Cada vez tarda más en llegar —se queja el vendedor, supuestamente ciego.

—¿La llamó usted? —pregunta Catarella al hombre.

—Sí, es que llego cada mañana y me encuentro mi estacionamiento ocupado.

—¿Su estacionamiento? —pregunto.

—Sí, el mío.

Se refiere a una plaza pintada de azul con el emblema de la silla de ruedas, para las zonas reservadas a minusválidos. No, ahora no se llaman minusválidos, sino «personas con movilidad reducida». El nuevo nombre induce a engaño, pues algu-

nos llevan unas sillas eléctricas que alcanzan velocidades de vértigo. Tienen una movilidad mucho mayor que la mía, joder.

¡Hostias! Tampoco es la grúa municipal de toda la vida la que se acerca, ahora es, según el letrero pintado en la puerta: «Vehículo para la ayuda a la movilidad urbana». Vamos, que no es que la grúa se lleve un coche mal estacionado de la zona reservada a minusválidos, sino que «el vehículo para la ayuda a la movilidad urbana retira un coche indebidamente situado en la zona reservada a personas con movilidad reducida». Ya, pero si el que reclama por la infracción es un supuesto ciego, ¿entonces se tratará de un sitio para personas con «visibilidad reducida»?

Bien, poco a poco iré cogiendo el ritmo a este lenguaje. En cuanto lo domine, ya no ofenderé con mi violenta manera de comunicarme. Nadie me entenderá, es cierto, pero algún precio hay que pagar por hablar como se debe. En fin, me encojo de hombros. Para lo que hay que decir.

Dos cigarros más adelante llegamos al estacionamiento público frente a la estación del ferrocarril. Catarella pulsa la llave y las luces de un vehículo de color rojo parpadean.

—Si no le importa —digo—, me voy a acercar a ver a una persona con la que quedé a las nueve para un asunto delicado.

—Descuide, comisario. Le espero mismamente dentro del coche.

He dejado la tarta en el interior del vehículo y me dirijo a la zona de la estación donde los mendigos tienen situado su campamento de colchones. Me parece que, por el número de bultos, esta noche ha aumentado la población bajo el puente.

—¡A mí la Legión! —grito.

Uno de ellos retira un poco la manta de la cara, me mira un segundo e informa al resto:

—Es el gordo majareta de ayer. —Y se vuelve a tapar.

En esto, una de las mantas se mueve y el esqueleto del legionario Pantiga se levanta y se pone firme.

—A la orden, mi comandante.

—Legionario, ¿encontró al otro novio de la muerte?

Da un puntapié tal a un bulto situado a su izquierda que al receptor no le queda más remedio que despertarse. Asoma la cara por encima de la manta y ve a su compañero, firme junto a un gordo con abrigo que fuma un Camel. Se nota que une en su cerebro dos ideas y concluye que yo soy el comandante del que le ha hablado su amigo. Se pone en pie con dificultad. Es más delgado que Pantiga, si es que eso es posible.

—Legionario Hidalgo, a sus órdenes.

Les ofrezco un Camel, que me aceptan, y luego les acerco lumbre. Cuando dan la primera calada, les pregunto:

—¿Conocen a los mendigos que pernoctan a la puerta de la Casa Sindical?

Los dos asienten.

—Quiero que les pregunten si el 7 de diciembre oyeron o vieron algo que se saliera de lo normal. Ese día, en el primer piso, mataron a una persona. Todo lo que recuerden me será de utilidad.

Les alcanzo otro billete de veinte euros, que recoge Hidalgo.

—Y la cajetilla —añade.

Se la entrego. Las negociaciones en los convenios colectivos son así: cada uno pone sus condiciones y se van acercando posturas, hasta la firma, que en este caso es un apretón de manos.

Me dirijo hacia el coche de Catarella, mientras ellos regresan a sus mantas.

—¿Qué tal le ha ido, comisario?

—Bien, Catarella, muy bien. Puede arrancar cuando quiera.

—Antes de salir para Colombres, he de cargar combustible.

—Pero déjeme que lo pague yo, que bastante favor me hace usted llevándome.

—Me siento ya pagado con lo que aprendo de usted.

—¿De mí, qué ha aprendido usted?

—De momento me ha enseñado cómo se comporta alguien al que todo le cuelga mismamente de los huevos.

—Pero... Pero.. —tartamudeo—. Catarella, ¿cuándo le he enseñado yo...?

—Usted es como Roy —me interrumpe y adopta una voz profunda—, el replicante Nexus-6 de *Blade Runner*: «Yo... he visto cosas que vosotros no creeríais. Atacar naves en llamas más allá de Orión. He visto Rayos-C brillar en la oscuridad, cerca de la Puerta de Tannhäuser...».

—Corte el rollo. Todos hemos visto esa película y yo no soy un replicante ni nada semejante, ¿entendido?

Inclina la cabeza hacia atrás en el asiento y, ajeno a mis palabras, recita con voz aún más profunda:

—«Todos esos momentos se perderán en el tiempo, como gotas en la lluvia».

¡Hostias, qué viaje me va a dar! Tenía que haber ido en el autobús, aunque fuesen cuatro horas de botes y curvas, tanto a la ida como a la vuelta. No sé por qué empiezo a preguntarme si este personaje está en sus cabales.

—Usted, Catarella, ¿se ha vacunado contra el COVID?

—No —responde, rotundo, mientras agarra con fuerza el volante, y añade—: Nadie me ha dado razones fehacientes de la necesidad de la vacuna.

—Vamos a ver —digo en tono docente—. Nosotros somos policías. No podemos invertir la carga de la prueba. Recuerde el brocardo latino: *probar qui dicit non qui negat*.

—Lo sé...

—Además, no caiga en aquello de «Dice y no da razón de lo que dice» de Fray Luis de León.

—Mire, comisario, no quiero que me metan en el cuerpo el chip de control metal.

¡Mamina santa! Él pone en funcionamiento el vehículo y yo estoy por tirarme en marcha.

—Vamos a ver... Vamos a ver... No me diga que también cree en los manejos y conspiraciones de los Illuminati...

Me mira sorprendido.

—¿Usted no?

¿Quién cojones me mandaría a mí aceptar el ofrecimiento de este sujeto?

Paramos en la primera gasolinera que encontramos en el camino y llenamos el depósito, cincuenta y nueve euros.

Vamos a ver, Gorgonio, luego te toca invitarle a comer. Lo dicho: más gilipollas no puedes ser; el autobús costaba veinticuatro euros ida y vuelta, mucho más barato que soportar su parloteo todo el viaje.

El coche ha encarado ya la autovía en dirección a Colombres y tengo la impresión de que comienza una odisea.